

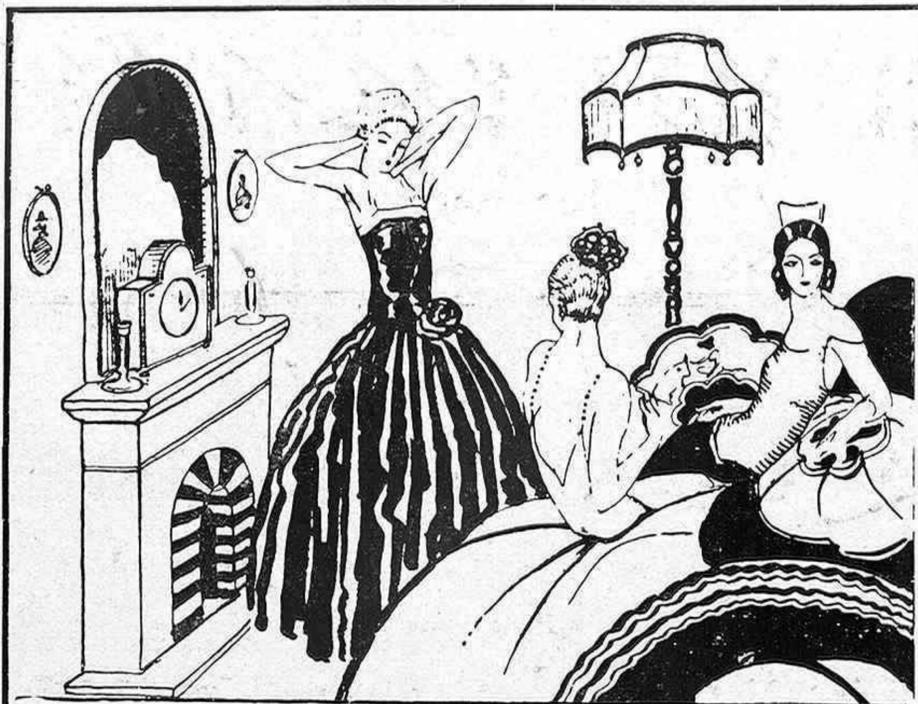
La Esfera

Año X ^{to} Núm. 517

Precio: Una peseta



RETRATO DE PERSONAJE DESCONOCIDO, cuadro de Van-Dyck, en el Museo del Prado



Las actuales Modas exigen un talle esbelto, y el único modo de conservarlo ó recuperarlo es empleando en el baño las conocidas

SALES CLARKS PARA ADELGAZAR

Tratamiento eficaz, sin régimen y sin peligro. Pesetas 2 en las Perfumerías, y en Bilbao, Apartado 317.

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

Lea usted todos los miércoles **MUNDO GRAFICO**



En
todas
edades



LA CRÈME SIMON PARIS

no tiene rival para el cuidado y embellecimiento de la piel. Extenderla sobre la epidermis húmeda.

POLVOS y JABÓN



La alegría de
vivir vuelve de nuevo.

La anemia, debilidad e inapetencia son a menudo la consecuencia de una alimentación inapropiada. La mala digestión impide que el organismo reciba las substancias necesarias para su desarrollo y fortalecimiento. Para estimular el apetito y mejorar la digestión emplee Vd. solamente

Somatose

! aperitivo y reconstituyente por excelencia.





Elegancias

ES LA REVISTA INDISPENSABLE
PARA TODA MUJER DE BUEN GUSTO

El número de Diciembre,
próximo á publicarse de

Elegancias

es un verdadero
alarde de lujo.

Los más afamados costu-
reros de París ofrecen en

Elegancias

las primicias de
sus creaciones.

Tener sobre la mesa del
gabinete la gran Revista

Elegancias

es nota de supre-
ma distinción.

Además de

EL JEFE POLÍTICO

lea usted

... A besos y á muerte

Los dos últimos magistrales libros de

“El Caballero Audaz”

Éxitos sin precedentes en la literatura española

PEDIDOS A

“RENACIMIENTO” Preciados, 46, Madrid

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO

AL

ABRÓTANO MACHO

Caimen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



Lea usted los viernes **NUEVO MUNDO**

CAMION

MARCA

«**MAGIRUS**»

40 HP., cuatro á cinco
toneladas de carga
útil, en magnífico es-
tado, con sus corres-
pondientes bandajes
macizos, completa-
mente nuevos

SE VENDE

EN CONDICIONES

DE

VERDADERA GANGA

Puede verse en el Garage Regina

General Pardiñas, 15

CAMISERÍA

ENCAJES

BORDADOS

ROPA BLANCA

EQUIPOS PARA NOVIAS

ROLDÁN

FUENCARRAL, 85

TELÉFONO 35-80 M.

MADRID

Para anunciar en esta Revista,
diríjase á la Administración de
la Publicidad de Prensa Gráfica

“**PUBLICITAS**”

Avenida Conde Peñalver, núm. 13, entresuelo.

Apartado 911 ☉☉☉ Teléfono 61-46 M. ☉☉☉ MADRID

Casa en Barcelona: Ronda San Pedro, 11, pral.

Apartado 228 ☉☉☉ Teléfono 14-79 A.



HELIOS

EXIGID ESTA MARCA
EN LA CUBIERTA
DE CADA EMPLASTO



MARCA REGISTRADA

—Sufres porque quieres

El catarro pulmonar ó bronquial, los dolores punzantes en la espalda, caderas, riñones y peculiares de las señoras, se mitigan y curan aplicándose oportunamente un

EMPLASTO WINTER

No debes usar otro que el legítimo, y para evitar las imitaciones, cuando vayas á la farmacia no pidas un parche poroso: pide un **Emplasto Winter** de fieltro rojo.

Este es el medicinal.

Aplicad un **Emplasto Winter** donde sintáis dolor.
¡Jamás deja de aliviar!

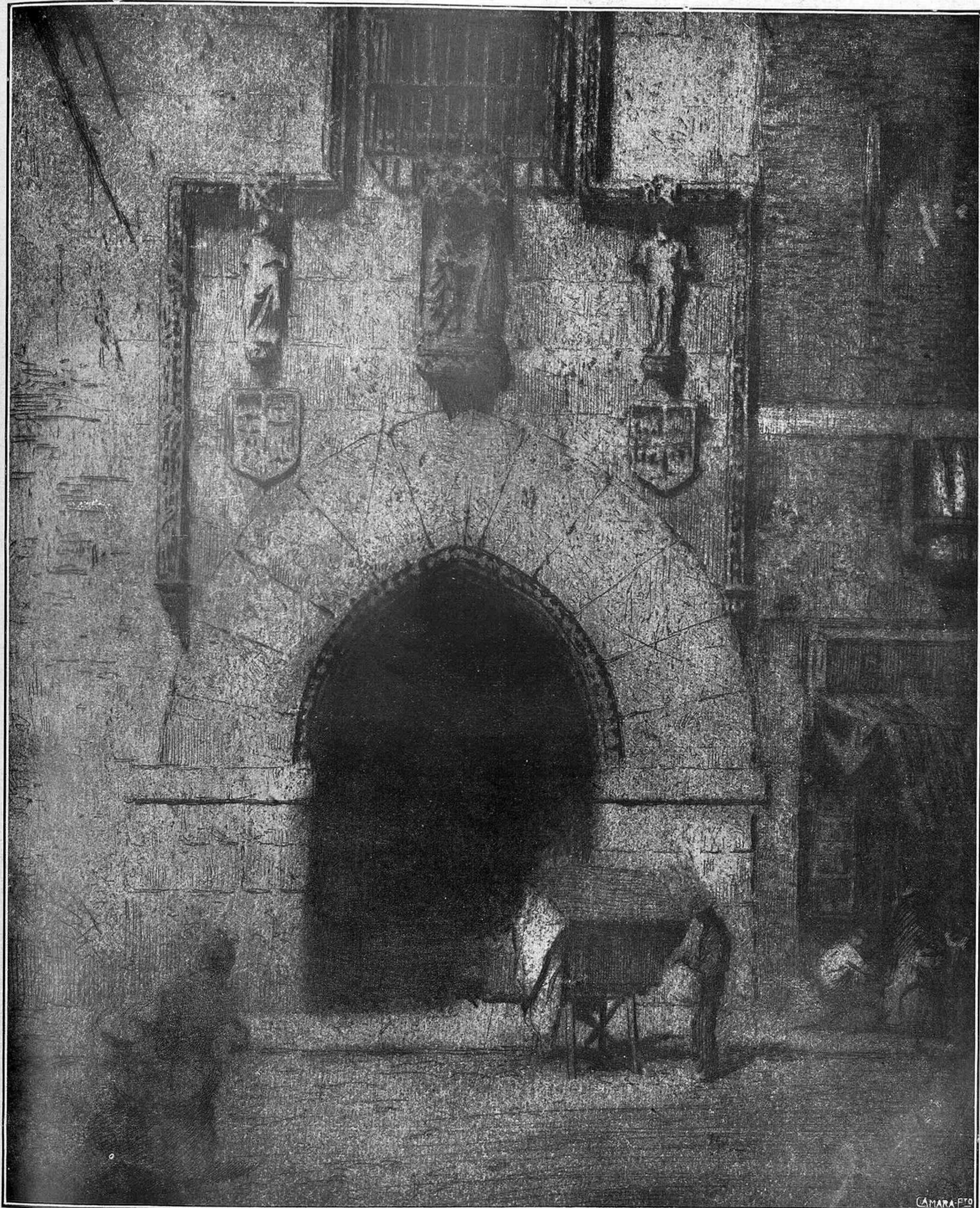
La Esfera

Año X.-Núm. 517

Madrid, 1 Diciembre 1923

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

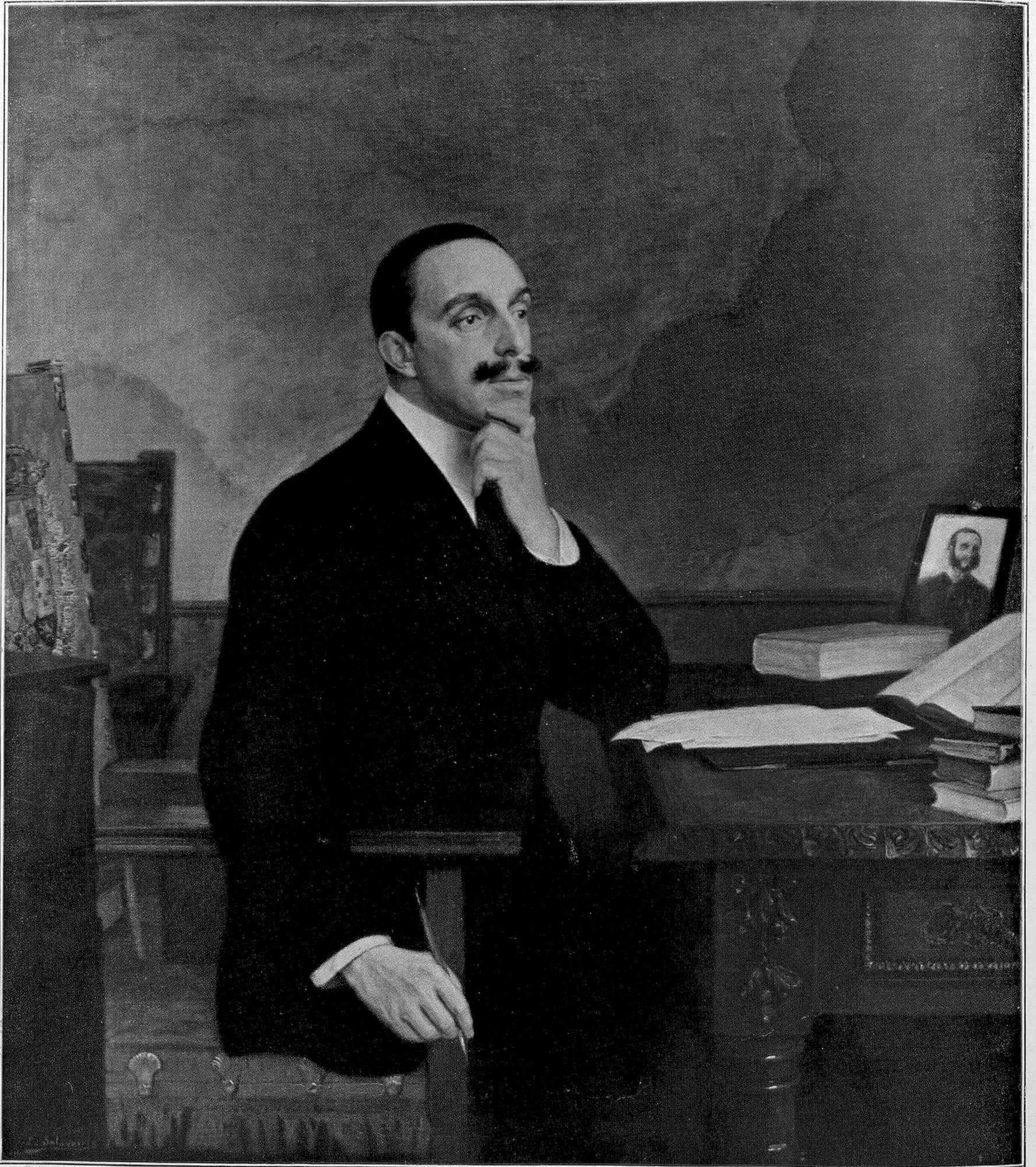
DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



DEL MADRID VIEJO.—LA ANTIGUA LATINA
Aguafuerte de Pedraza Ostos



LA PINTURA MODERNA



RETRATO DE S. M. EL REY DON ALFONSO XIII

Cuadro original de Elías Salaverría

BIENIO
BIBLI
M

DE LA VIDA QUE PASA

LAS MISERIAS DE LA CALLE

MADRID conserva con particular obstinación ciertas peculiaridades de la vida antigua que ya es difícil, si no imposible del todo, encontrar en otras capitales extranjeras. El mal pavimento y el tránsito lento por las calles son dos características madrileñas. Pero lo que singulariza sobre todo á Madrid es su culto por el mendigo.

No hay cosa más difícil de extirpar en Madrid como el mendigo. Se podría hacer una estadística curiosa con todas las campañas de Prensa, con todas las interpelaciones parlamentarias, con todos los decretos emitidos por gobernadores y alcaldes en los últimos quince años á propósito de la supresión de la mendicidad. Todo ello sumaría una cantidad de papel, de literatura y de esfuerzo casi mayor que el empleado en cualquier problema capitalístico para la nación. Pues á pesar de tanto papel, de tanta literatura y tanto esfuerzo, el mendigo no ha logrado ser extirpado nunca de las calles y plazas madrileñas.

Con toda su aparente malicia, el madrileño es al fin y al cabo un ingenuo sentimental. Siente un respeto profundo é irreflexivo ante esa persona taimada que suele ser siempre el pordiosero; y al contemplar al individuo roto y cazurro que muestra un muñón enrojecido ó una pierna de palo, el madrileño se convierte siempre en materia propicia para la credulidad y la compasión.

En asuntos de miseria y de llanto, el madrileño está siempre dispuesto á creérsele todo.

Por eso nadie ha podido nunca vencer al mendigo. En algunos momentos han gobernado á España hombres de tesón y de ideas modernas; algunos gobernantes se han atrevido con empresas realmente difíciles, y no han vacilado en arremeter contra Compañías poderosas ó contra grandes intereses y prejuicios nacionales. El mendigo, sin embargo, ha sido siempre más poderoso que los más fuertes Gobiernos.

Pero entre todos los mendigos, el más poderoso, el más invencible es el ciego. No hay idea de nada tan resistente, escurridizo é invulnerable como un ciego de Madrid. Sale siempre vencedor. Cuando inmediatamente después de una campaña enérgica se limpian las calles madrileñas de cojos, mancos, tullidos y purulentos, los ciegos siguen ocupando como si tal cosa los sitios más céntricos, más vitales y lujosos de la capital. Ellos son los amos. Ellos están inmunes. Ellos pueden situarse en medio de las concurridas aceras, lanzando al viento sus quejumbres medievales: «Que nunca se vean como me veo yo...» Ellos pueden pasear con sus bastones fe-

rrados por en medio de la muchedumbre atareada, estorbando la circulación.

Son más fuertes que todo. Y es que les ampara la ingenua sentimentalidad del madrileño; es que están defendidos por la superstición madrileña. Este terror supersticioso, este miedo fa-

nático á perder la vista hace de cada ciego un personaje casi santo á quien no es permitido ni siquiera contrariar. Semejante superstición existe todavía hoy entre los pueblos orientales de rudimentaria civilización.

Los pueblos muy civilizados opinan por su parte que la ceguera es una desgracia, una gran desgracia; piensan, por lo mismo, que al ciego hay que resguardarlo de los peligros de la vía pública, porque las vías públicas modernas no son tranquilas calles como en la Edad Media, sino cauces vehementes por donde van corriendo los automóviles, los tranvías, los negociantes, los trabajadores. Asisten, pues, al ciego con hospitalizaciones ó pensiones convenientes, y procuran proporcionarle faenas fáciles y apropiados goces.

En Madrid se prefiere tener á los ciegos en las calles como continuas demostraciones de la inestabilidad de la fortuna. El «morir habemos» de los cartujos se convierte en Madrid en el «no hay pena como el perder la vista» de los quejumbrosos ciegos. El transeunte, cuando más reconciliado con la vida marcha por la calle, oye la patética queja y se siente de pronto aterrado.

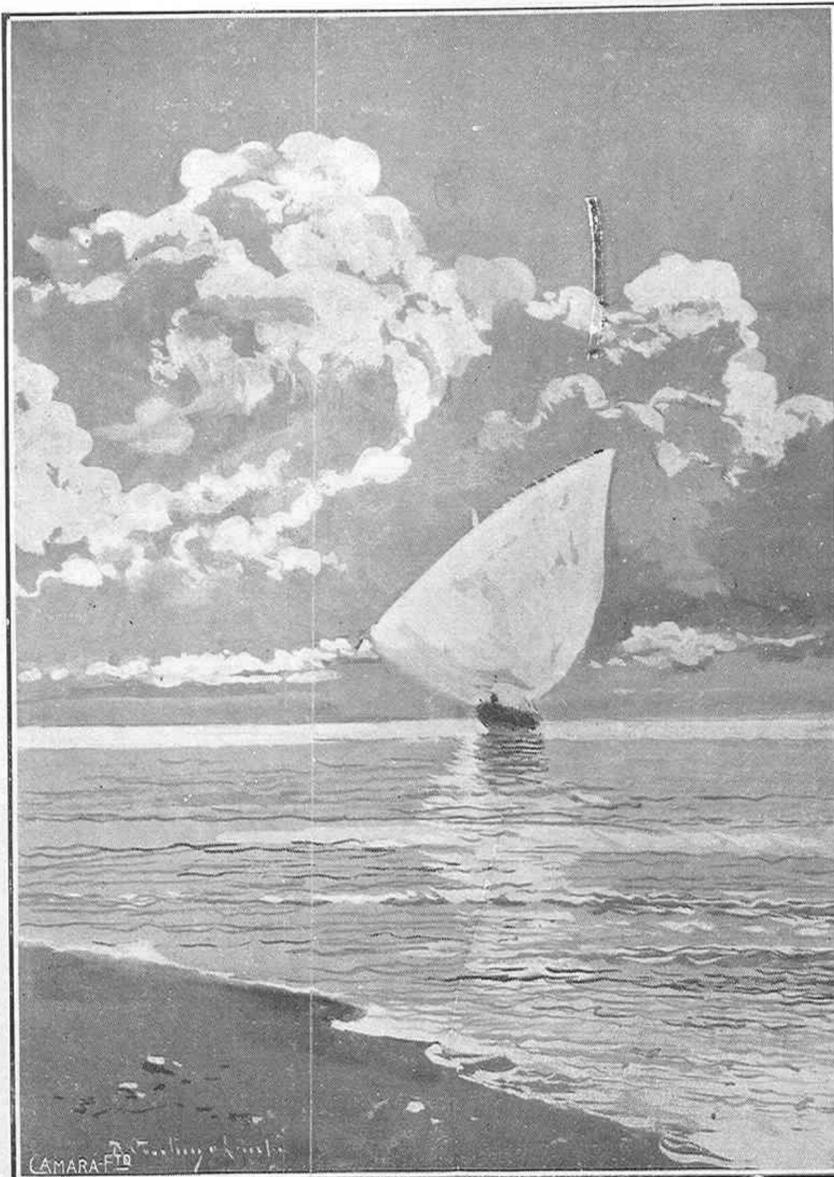
Cualquier día puede también él quedarse ciego... La vida es un tránsito incierto por donde ronda sigilosamente la desgracia...

Por eso tenía tanta razón aquella señora provinciana que me decía una vez: «Yo no comprendo por qué se asegura tanto que Madrid es alegre; las ciegas y los ciegos hacen de Madrid la ciudad más patética de Europa. Yo no comprendo cómo una persona verdaderamente sensible puede reír y alegrarse en unas calles donde cada diez metros salta la voz desgarradora de un ciego...»

La eugenesia, aplicada tan rigurosamente como en ciertos Estados de la América del Norte, puede ser una crueldad. Pero el desprecio por toda ley de herencia y por todo sentido de defensa social supone igualmente un delito. Nada tan inhumano y tan antisocial como esas mujeres ciegas que los transeuntes vemos por las esquinas de Madrid con dos ó tres hijos en torno. Se dirá que todos los seres tienen derecho al amor. Pero ese es un derecho que sólo se concibe en una sociedad sin resortes morales, en un medio social anárquico é inconsciente, donde se permite que una pobre mujer agobiada por todas las lacras físicas entregue á la sociedad los miserables frutos de su decadente naturaleza y sea fecundada por un hombre que hace, en efecto, un buen negocio con la explotación de la industria de su virilidad...

José María SALAVERÍA

N U B E S



En el bajo cielo otoñal, cortadas por el sol poniente, nubes pasan...
Pasan con fulgor de incendio, con temblor de llama.

En el valle, á veces, ponen una mancha, ponen una sombra sobre las montañas.

Nubes, prodigiosos encajes de agua —vellones de lino, vellones de plata—; nubes que parecen en el aire alas, hacia el Norte grises, hacia el Sur doradas, blancas como plumas, rojas como ascuas.

Nubes—oro y sangre— aterciopeladas...

¿No ves, en la tarde, las nubes rosadas, tejiendo divinas visiones fantásticas? Pasan vaporosas ciudades de ágata, jardines de ópalo, castillos de nácar; luego un elefante, luego una jirafa

y un barco latino, las velas hinchadas, el bauprés al viento y hacia el sol las jarcias; después pasa un pájaro, después pasa... pasa un cuerpo desnudo —de seda y de ámbar— y una cabellera rubia, destrenzada...

Nubes, nubes-cisnes; nubes, nubes-llamas; nubes, nubes-lirios; nubes, nubes-lágrimas...

Nubes que trashuman las primeras aguas: á la luna nueva navegáis, hermanas de los valles secos, de las tierras pardas...

Nubes—oro y sangre— aterciopeladas...

Nubes en los picos de las torres altas; de los pinos verdes nubes en las maras; nubes en la tierra, nubes en el alma...

Pedro IGLESIAS CABALLERO

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

LÓPEZ, EL BONDADOSO

(CUENTO)

RICARDO López entró en el Negociado solemnemente y, sin saludar, exclamó:
—¿Saben ustedes la noticia?

Martínez, muy entretenido en mezclar el café con la leche, levantó la cabeza, mirando incrédulo al recién llegado, cuya incorregible afición á la zumba le constaba.

—Sí. Que en Nueva York han inventado una maquina maravillosa para estornudar. Ande, ande, y despache pronto esa alzada, que don Ramiro ha preguntado por ella.

Pero López, sin moverse, advirtió:

—No sean ustedes idiotas, que ahora va de veras.

Y tras una pausa, agregó:

—Alvarez está muriéndose.

Alonso, don Marcial Alonso, soltó la pluma, quitóse las gafas y miró con ansia á su compañero. Después, requiriendo nuevamente el diario, se engolfó en la reseña de la corrida, y estimó oportuno rezongar:

—Usted siempre con sus bromitas necias.

—¡Oiga usted, nauseabundo taurófilo!—vociferó Ricardo López— Ni yo tengo gana de bromas, ni cuando las gasto son necias. Digo y repito que el pobre Alvarez se las «guilla» á escape. Tiene en el pulmón izquierdo una caverna más «seria» que la de Altamira.

—¡Pero si hace dos días le vi hecho un hombre en su «peña» del café!—arguyó Martínez.

—Lo que no quiere decir que ahora no prepare la maleta para invernar en el Este...

El señor Alonso aulló, ahuevando los ojos por encima de las gafas y del periódico:

—¡Y con el invierno que está haciendo!

Sobrevino un silencio respetuoso. Otro compañero, que hasta entonces no había hablado, dedicóse á humedecer una media tostada en el vaso semilleno, con gesto de aflicción que parecía de gula. Ricardo López se entretenía en ir sacando los trebejos de su oficio y en ahuyentar á fuerza de tremendos resoplidos el polvo que cubría la carpeta. Don Marcial Alonso seguía imaginativamente en Carabanchel, reviviendo la novillada última, al través de la hiperbolizante prosa del revisero.

Sólo Martínez, al liar un pitillo con aire ensimismado, evocaba al compañero ausente, tan infeliz, tan buenazo, tan trabajador, cargado de chicos, pero animoso é infatigable como ninguno de la oficina. De lo mejor que había conocido.

Se acercó á López, confidencial.

—Tú: cuéntame, pero en serio. ¿De veras está tan malo? No he podido ir estos días á verle. Tengo un trabajillo extraordinario, y los pocos ratos que me quedan libres son para la chica, como te pasa á ti. Cuéntame.

López, con el ceño melodramático, se mostraba pesimista.

—Ya te lo he dicho. No pasa de esta semana,

Ninguna tarde dejó López de acompañarle. Por uno de esos caprichos granujas de la Naturaleza, el enfermo pareció mejorar y aun sentirse con insospechados bríos. La misma esposa llegó á creer en una posible salvación. Los dos camaradas salieron juntos más de una vez, mientras los chiquillos quedaban en la casa alborotando en torno de la madre macilenta. López le aten-

dió con movido, multiplicando sus solicitudes. Una mañana, incluso se acercaron á la oficina, donde el convaleciente advirtió que se le acogía con júbilo demasiado ruidoso y ostensible. Al salir, Alvarez lo comentó:

—¿Lo ha notado usted, Ricardo? Sienten verme restablecido. Mi salud les hiere como una agresión.

—¡Quite usted, hombre!—protestó, con toda su buena fe, López.

El pobre enfermo sonrió triste y dolorosamente.

—Soy más viejo que usted. No me quieren mal, lo sé. Pero les gustaría que yo desapareciera cuanto antes. Así, dejaré una vacante, correrá la escala... ¿Comprende? No me sorprende ni me indigna. Llevan, como yo, muchos años con el mismo sueldo, aguardando, buscándose trabajos fuera de la oficina, malviviendo. ¡Está todo tan caro! Por no tener bastante dinero muchos hombres no se casan hoy. Eso de «contigo pan y cebolla» no es verdad, porque las mismas cebollas cuestan un ojo de la cara...

López protestaba mintiendo heroicamente. Pero el enfermo insistía sin acritud:

—No se puede remediar. Vivimos pendientes del escalafón. No nos vale ni el talento ni la voluntad ni el estudio. Somos lapas, lapas, y nada más. Con la mortaja del

empleado que fallece, puede comprar á su novia el traje de boda otro compañero que asciende...

López se puso pálido. ¿Lo diría por él? Joven, esforzado, inteligente, llevaba ocho, diez años de relaciones con su novia, una buena muchacha, sin impaciencia ya y sin sistema nervioso. Ni aun soltero podía «defenderse» López, con su sueldo menguado, con sus mil combinaciones para trabajar hasta las tantas de la noche y obtener nuevos ingresos. Aquello era triste, idiota, vulgarísimo..., pero no podía casarse. Comentándolo, López y Alvarez se habían hecho amigos. Más de un domingo se encontraron en el Negociado, adonde iban, como sonámbulos, para despachar algún expediente de urgencia. Las burlas de sus compañeros les unían como eslabones. López, sanote de cuerpo y de alma, se dolía



según los médicos. Porque le ven dos, que para algo es vocal de la Filantrópica. La «diña», querido. Su mujer comprende que el pobre está «hecho polvo»...

Y ella misma se lo confirmó al propio Martínez cuando, horas después, fué á casa del enfermo.

Se lo confirmó á solas, con la voz estrangulada por los sollozos, lejos de la chiquillería, en la sombra del pasillo de la casa, mezquina casa llena del olor de la cocina y de la farmacia. Martínez, que quería tan hondamente como Ricardo López á su desventurado compañero, estuvo á punto de caer desmayado al ver á Alvarez, sentado junto al balcón, esquelético, verdo-so, horrible, sonriendo con una sonrisa de optimismo que calofriaba.

cerca de la novia. ¡Pobre Alvarez! Con tanta familia, y ¡sin padrino!... La novia le contemplaba en silencio, melancólicamente absorta. López insistía en sus indignados lamentos acerca de aquel camarada, cuya situación le dolía como si fuera suya.

ooo

Quince, veinte días con sus noches permaneció Ricardo al lado de Alvarez. Rivalizó con la esposa en abnegación, en ternura, en diligencia para cuidar y defender al herido de muerte. Desgarrábase el corazón ver aquel hervidero de criaturitas vagando por la casa, sucias, abandonadas, ajenas, por gracia de sus breves años, á la tragedia que les acechaba. Sus padres, su novia llegaron á reprocharle tanto abandono de

así como así, estúpidamente, dejando desamparada á toda una familia?

Realmente parecía él el más herido de la casa. Cayó, como un pelele, sobre la silla que supo ofrecerle á tiempo la portera. Después, se rehizo. Sí. Había que ir á escape á la funeraria, al Registro Civil, á casa del jefe... El lo haría todo, visto que á aquellas horas aún no había nadie que se cuidase de nada, sino de lloriquear por los rincones.

Salió á la calle como un cadáver viviente, espumajante de impía indignación la boca. ¿Era posible que la muerte tuviese tan poco sentido común, ¡qué digo!, tan malas entrañas? En el cielo, bien acomodado á la diestra del Sumo Bondadoso, debía hallarse á aquellas horas el desventurado Alvarez, ¡quién sabe si apercibiéndose

pesimismo lacerante, acerbo, integral, le barrenaba, como un gusano, lo más florecido del pecho. De repente, sus lucubraciones y sus bamboleos, igualmente tremendos, cesaron. El coche acababa de detenerse, y el atribulado camarada de Alvarez saltó á la acera.

Dando brincos de insospechada agilidad, lo mismo que si calzase las famosas botas de las cuarenta leguas, hallóse al final de la escalera cuando todavía no había terminado de renegar del heroísmo de la gente, que así desamparan á los que sollozan en torno de la orfandad y del luto. El piso era el último de la casa, y á favor de la copiosa claridad que de lo alto entraba, López hubo de lanzar un folletinesco grito de asombro al verse delante de una moza bien garbosa y rei-



ATENEO DE
PIRELOT
MADRID

sí. No ya los demás compañeros, sino los mismos familiares se tomaban igual interés. Pero el buen López protestaba sinceramente, pareciéndole poco cuanto hacía en obsequio del pobre Alvarez. Y nadie ni nada lograron arrancarle de la cabecera durante cerca de un mes. Por fin, una noche, como Alvarez se hallara más tranquilo, consintió en retirarse á su casa, á descansar. A la mañana siguiente, cuando tornaba somnoliento y esperanzado, unos sollozos formidablemente confusos le salieron al paso. Comprendió. Nunca supo lo que le ocurría. La viuda, unos viejos, unos chiquillos, cayeron implorantes á sus pies. Entre tanta confusión, una sola pregunta terca, simple, taladrante, le obsesionaba:

«¿Era posible que un hombre honrado, que un camarada intachable se fuese de este mundo

á despachar un expediente de prolija tramitación, con su inefable y admirable letra redondilla!... Pero, entre tanto, aquí abajo habían quedado la viuda, los chavalillos de ojos y boca dramáticamente abiertos, en el estupor y la inanidad de la catástrofe. ¡Pobre madre, pobres niños, abandonados en adelante á esa vieja nunca avejada, mil veces peor que la Muerte, que algunos poetillas chirles llaman, con mayúscula, Vida! ¡Canallas los titulados amigos, que, alegando diversos pretextos, habían ido desapareciendo de aquel hogar, donde todas las carcajadas del optimismo, y aun las sonrisas de la esperanza, fueron apagándose sin eco!

El coche traqueteaba con esa especie de borrhachera que comunica á las ruedas y á los penos el pavimento de la Villa y Corte. López, oprimido honradamente su corazón, sentía que un

dora, que acababa de abrir la puerta, y la cual no era ni más ni menos que su novia.

—¿Tú, tan de mañanita por aquí, Ricardo? ¿Pasa algo?

López, el dulce López, se sintió lleno de rubor y de reproche el rostro. ¿Cómo había dado al auriga, en vez de las señas de la funeraria, las de su prometida? ¿Qué extraño instinto de conservación le indujo á equivocarse así?

Pero aquello fué instantáneo. Echó una sonrisa idiotamente llena de luz, y cogiendo las manos de la muchacha, dijo compungido:

—Alvarez, el pobre, ha muerto... ¡El mes que viene me ascienden, y en seguida nos casamos!

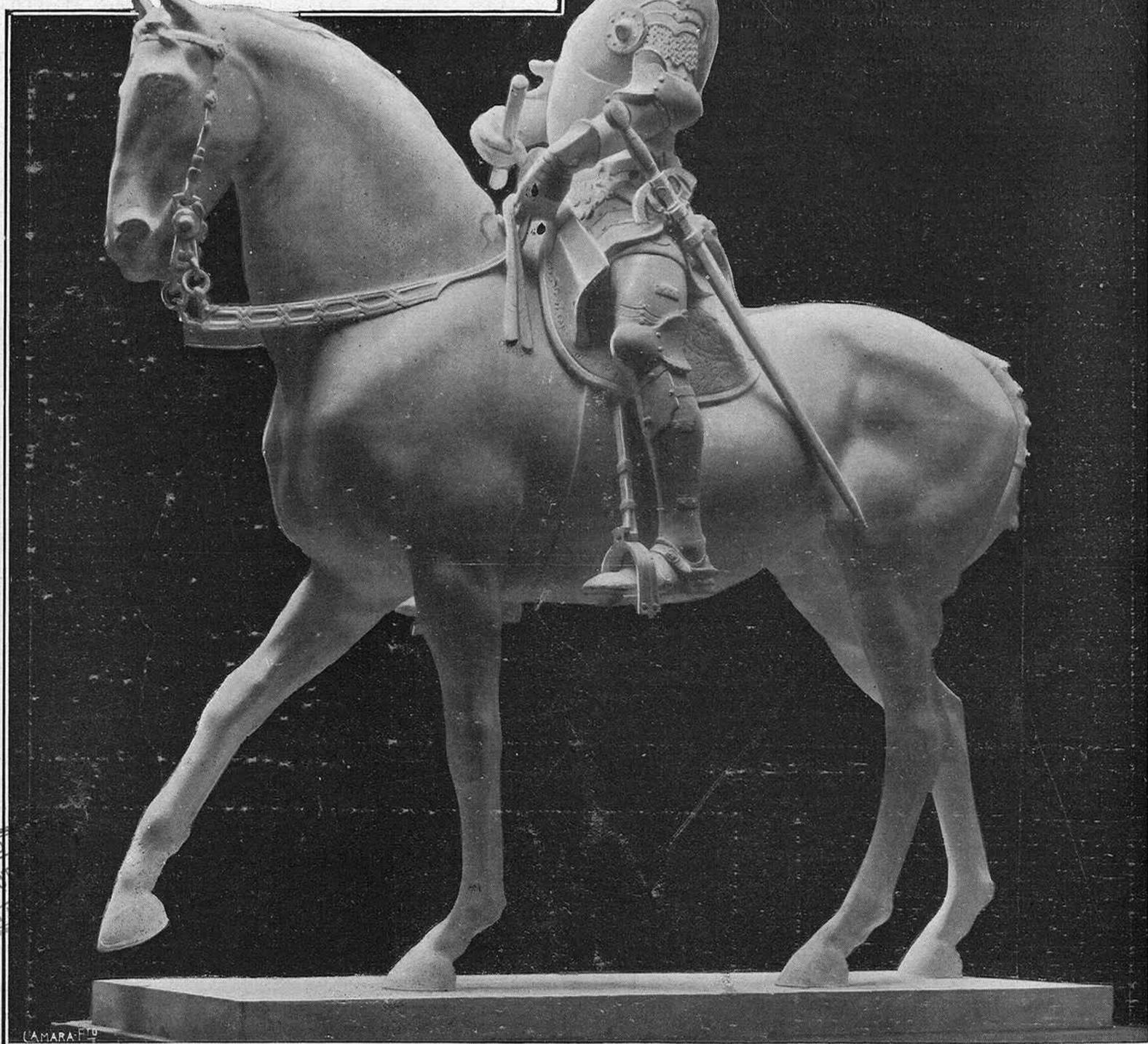
Después, rápido, ebrio, bondadoso, se disparó escaleras abajo...

E. RAMÍREZ ÁNGEL

DIBUJOS DE POVO

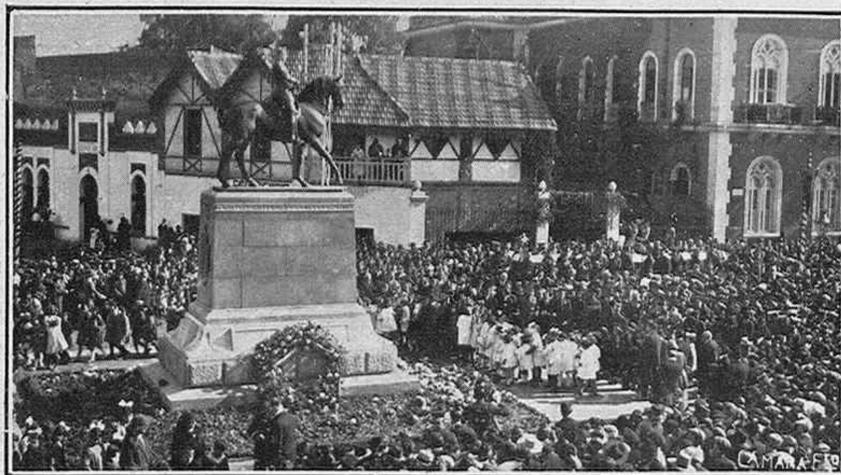
UNA GRAN OBRA DE ARTE

*Inauguración del monumento
al Gran Capitán, en Córdoba*



Estatua ecuestre del Gran Capitán, monumento original del insigne escultor Mateo Inurria, que se ha inaugurado recientemente en Córdoba

El 15 del pasado fué inaugurado solemnemente en Córdoba el magnífico monumento al Gran Capitán, de que es autor el insigne escultor Mateo Inurria. La estatua ecuestre del ilustre guerrero hállase colocada sobre alto pedestal de mármol, en cuyos testeros aparecen los escudos de los Reyes Católicos y los de Córdoba, con las siguientes inscripciones significativas: «Córdoba, casa guerrera, gente de sabiduría, clara fuente» y «Más quiero la muerte dando tres pasos adelante, que vivir cien años dando uno sólo hacia atrás.» En la parte alta del pedestal hállanse inscritos los nombres y lugares de las principales batallas que en Italia ganó el Gran Capitán. La estatua es de



Los niños de las Escuelas Municipales depositando flores ante la estatua del Gran Capitán

bronce, destacándose de ella el mármol de la cabeza destocada del invicto caudillo, constituyendo en su conjunto una de las obras maestras de la estatuaria moderna, felicísimo acierto de interpretación de una figura histórica colosal, de una época gloriosa y de una raza. Inauguró el monumento, en nombre del Gobierno de Su Majestad, el general Bermúdez de Castro, honrando el acto con su presencia los Infantes D. Carlos, doña Luisa y sus hijas doña Isabel y doña Alfonsa. Figuraron, entre otras personalidades distinguidas que asistieron a la ceremonia, el obispo, los marqueses del Mérito y de Santurce, y representantes de la nobleza y caballeros maestrantes.

REALIDADES DE LA FÁBULA

Un gran secreto del "Continente Negro"

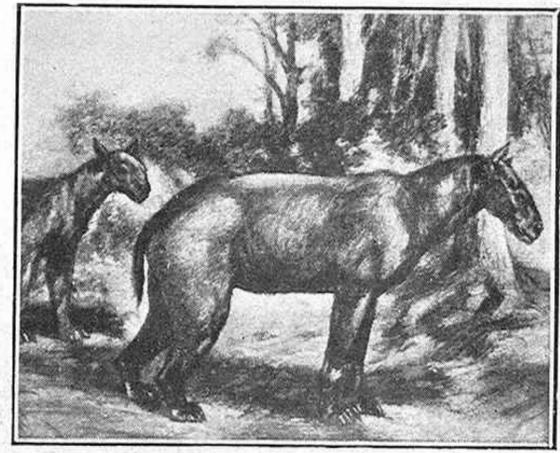
La sesión inaugural de la «Sociedad Zoológica», de Londres, se señaló este otoño por una revelación sensacional, de esas que hacen época en las colectividades científicas. Supieron, en efecto, los ilustres miembros de la institución doctísima, y ello debió maravillarles no poco, que el Dr. Wayland, director de Investigaciones Geológicas de Uganda, acaba de descubrir en Bunyoro, al Este de Alberto Nyanza, restos de un animal monstruoso, extinguido, según se cree, desde tiempos remotísimos, y que, por su extraña morfología, pudo muy bien, ya entradas las edades históricas, haber dado origen al mito de la Quimera, perpetuado por el arte antiguo y el clásico en las obras de arquitectura y escultura.

Nadie medianamente culto ignora que la Quimera se representaba como una bestia horrenda de cabeza leonina, pies de cabra y cola de dragón. A la verdad, salvo los poetas y los soñadores, jamás ojos mortales lograron entrever

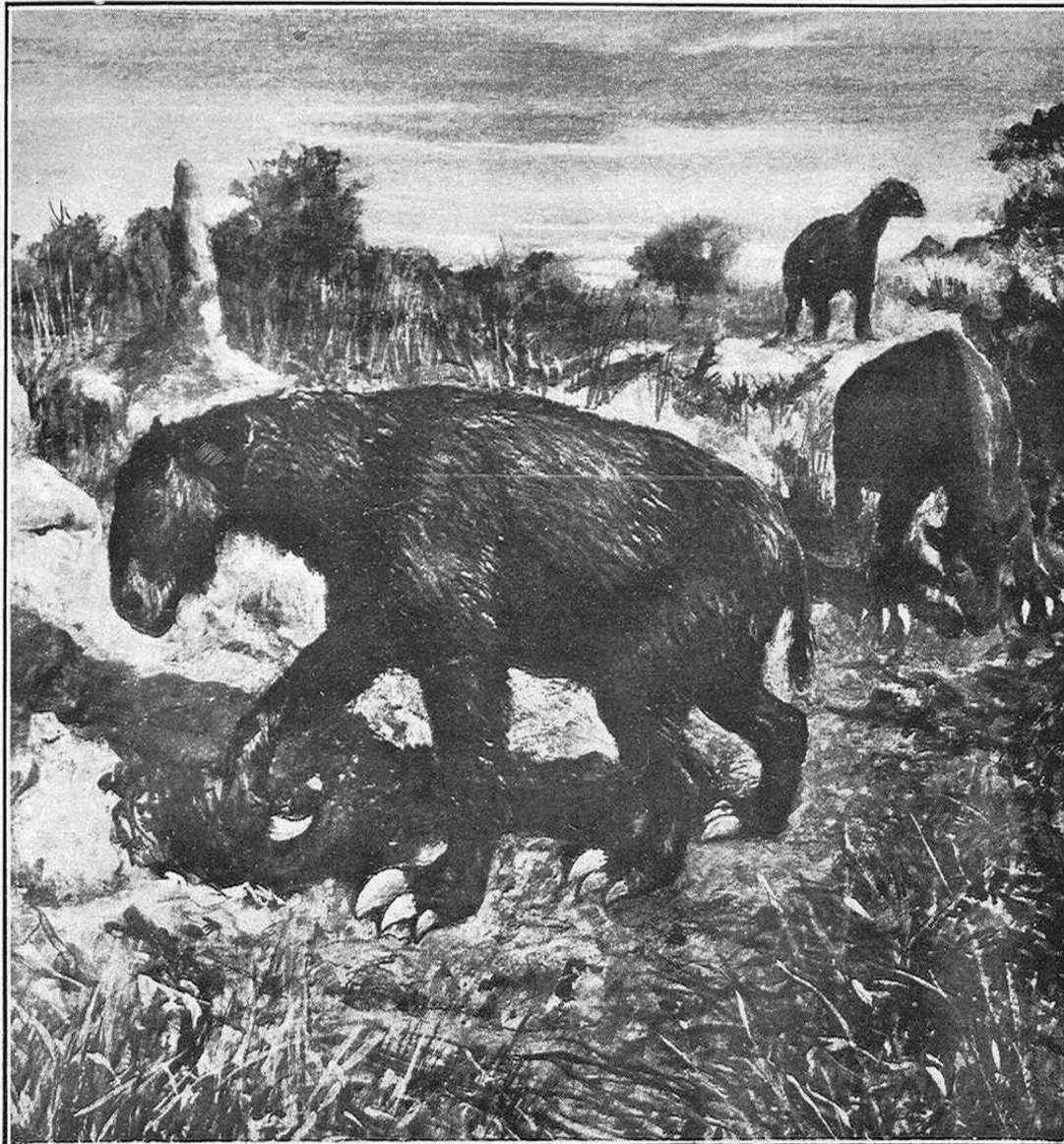
diluviano que da nombre á la familia de los chalicotéridos, y que, por uno de esos caprichos incomprensibles de la Naturaleza, reunía las características morfológicas del caballo, la hiena y el perezoso.

Mas antes de proceder á la descripción de esta singular criatura, haremos notar que desde tiempo inmemorial los *nandis* africanos hablan con terror del *gereit*, bicho fantasmal, nocturno visitante de las selvas é insaciable devorador de hombres. Sólo se han logrado hasta ahora fugitivas impresiones acerca de la Quimera del Nyanza. Ellas han bastado con todo á los cazadores indígenas para asignarle las formas de la hiena y el tamaño del rinoceronte.

Los naturalistas y exploradores del *Continente Negro* hallábanse hasta ahora conformes en rechazar tales relatos, pues aunque los *nandis* gozan reputación de bravos cazadores de leones y se internan con frecuencia en las impenetrables maniguas de su país, no ha de olvidarse



El «moropo» del mioceno inferior de la América del Norte, reconstruido con arreglo á su esqueleto



El «gereit» de África, monstruo de los tiempos prediluvianos, cuya supervivencia en las selvas del Uganda es discutida actualmente por los naturalistas

la fantástica criatura. Y como no se hubiera podido comprobar nunca su existencia, el vulgo acabó por plasmar en ella la ilusión y el desvarío humanos. Pero la Quimera ha existido; es más: probablemente aún existe, si bien se oculta en lugares harto recónditos y peligrosos para que la comprobación de esa realidad resulte fácil á los modernos exploradores. Su probable refugio, á través de los milenios, serían, al decir del doctor Wayland, las impenetrables selvas de Africa Central.

Como todos los hallazgos trascendentes, el del sabio geólogo inglés se basa en un pequeño detalle; tan pequeño que pudiera desdenarse por inservible, de no recordar que á Cuvier, el insigne naturalista, le bastó un fragmento de hueso fosilizado para erigir el majestuoso edificio de la Paleontología. Lo exhumado ahora por el Dr. Wayland no es, en efecto, sino una garra petrificada. Su excepcional tamaño y su forma inducen á suponer, en opinión del descubridor, que procede del hipotético mamífero ante-

que son gente de exaltada imaginación, enamorado de lo sobrenatural y lo pintorescamente fabuloso. A partir del hallazgo del Dr. Wayland, no hay ya razón alguna para rechazar las historias de los *nandis*. ¿Por qué no ha de haber sobrevivido el espantable monstruo, al que se suponía difunto desde hace miles y miles de años, y ser sus descendientes los terribles «devoradores de hombres» vislumbrados en sus correrías por los intrépidos nemrods de la selva centroafricana? Y si ello es así, si vive aún el referido monstruo, ¿no ha podido transmitirse la tradición de su existencia á los primeros pueblos civilizados de Africa y de ellos al resto del mundo, dando origen al mito de la Quimera?

Una ojeada al dibujo adjunto, trazado por el notable zoólogo artista inglés Mr. Forestier, instruye acerca del probable aspecto de la fiera. Hase reconstituido con arreglo á lo que se conoce actualmente acerca de un interesante grupo de animales que durante los sucesivos periodos geológicos se extendió desde América al

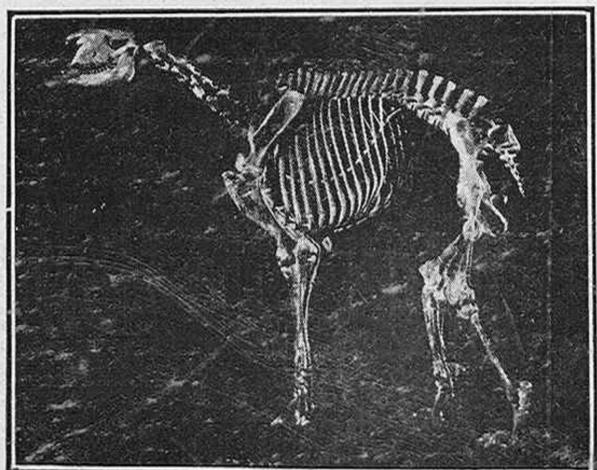
Viejo Continente, encontrando condiciones favorables para su vida en China, India, Grecia y en otras varias partes de Europa, incluso Francia. Dicho grupo zoológico, que debió realizar sus traslados durante un par de millones de años, representa ahora lo que los libros de Historia Natural denominan ancilópodos ó perisodáctilos armados de garras, término que se aplica á los unguiculados impares (caballo, rinoceronte, tapir, etc), para diferenciarlos de los unguiculados pares como el buey y los antílopes.

Generalmente, á los perisodáctilos armados de garras se les denomina chalicotéridos. Sus verdaderas características no fueron bien determinadas hasta fecha relativamente cercana, en la que hubieron de ser extraídos del mioceno inferior de América del Norte los restos del *moropo*, cuyo tipo más remoto es el *ecomoropo*, descubierto en el eoceno primitivo. Del referido *moropo* presentamos en esta página el esqueleto, conservado en el Museo de Historia Natural de Nueva York, y una reconstrucción del mismo animal, llevada á cabo por el profesor Scott, del Museo Carnegie, de Pittsburgo.

Como podrá advertirse, el *moropo* guarda cierta semejanza con el caballo, aunque su alzada es considerablemente mayor. Pero, en realidad, el *moropo* no es sino un colateral de la familia. Quiere ello decir que no puede estar considerado como el antecesor directo del absurdo animal cuya formidable garra acaba de desenterrar el profesor británico, y cuyas formas combinadas de caballo, hiena y perezoso, debieron ser producto de cruces y de obligadas adaptaciones al medio. Su probable aspecto, á juicio del zoólogo artista Mr. Forestier, sería y es posible que continúe siendo, á ser cierta su existencia, el que pueden ver nuestros lectores en el referido dibujo.

No ha lugar á mostrarnos escépticos respecto á esta nueva hipótesis científica, en cuanto las mismas desconfianzas acogieron la presunción de existencia de otra extraña bestia africana, el *okapi*, también superviviente del pasado prehistórico, y á poco el *okapi* fué hallado por los exploradores de las selvas. ¡Guardarán aún tantos misterios esos recónditos lugares del planeta!

A. READER



Esqueleto del «moropo» conservado en el Museo de Historia Natural de Nueva York

LA ALEGRÍA DE ANDAR

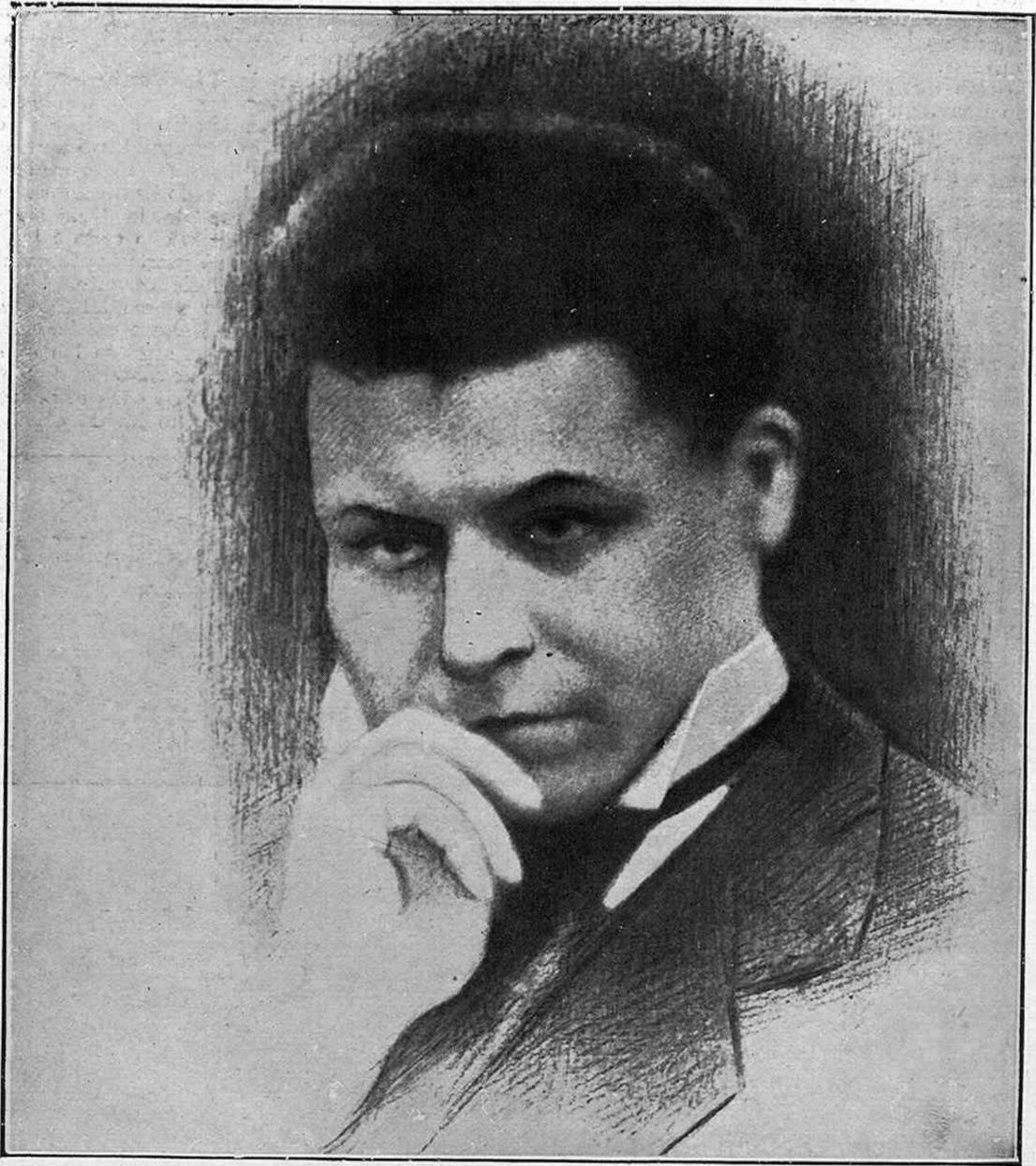
EL ENCANTO DE BRUJAS

DE todas las ciudades belgas, es Brujas la que más acrisoladamente conservó el espíritu hermético de la Edad Media. En vano la vida moderna demolió sus murallas, levantadas, sin duda, sobre basamentos románicos en las postrimerías de la treceava centuria; baldíamente también la luz eléctrica esclarece sus noches, y el latir de los automóviles rasga á intervalos el sosiego conventual de sus callejas, y los numerosos turistas que la frecuentan pasean por ella la inquietud curiosa y alegre de sus voluntades nómadas. Todo esto es pegadizo, epidérmico y filante, y tenazmente sobre los rumores forasteros el silencio compacto, recargado de sueño, del viejo pueblo vuelve á cerrarse apesgador como una losa.

Los numerosos canales que la atraviesan, y cuyas aguas muertas la impregnan de humedad y melancolía, fueron causa de que á Brujas la llamasen antiguamente «la Venecia del Norte». El apodo es justo; y si algún geógrafo hubiese tenido el artístico capricho de escribir, á imitación de Plutarco, unas *Vidas paralelas de las ciudades*, lo habría confirmado basándose tanto en las similitudes materiales de ambos emporios como en su rivalidad comercial; pues mientras Brujas expandía los productos del Báltico, su enemiga con igual empuje divulgaba por Europa las riquezas de Italia y de la India. Imposible, sin embargo, confundir á Venecia la noble y la suntuaria con Brujas la burguesa. Venecia es latina, y sus canales, á los que la proximidad del Océano lleva un incesante palpitar de corazón, están misteriosamente teñidos de azul; en tanto los canales inmóviles de Brujas son grises, como su cielo.

La ciudad que fué cuna de Juan Van Eyck agoniza desde que en los siglos xv y xvi la preponderancia incontrarrestable de Amberes y las guerras religiosas la arrebataron su lucida hegemonía mercantil y artística. Hace muchos años, muchos..., que Brujas descansa, y el dolor de su forzado reposo la satura, la entumece, y es como un mador de agonía que la empapase.

Numerosos edificios, varias veces centenarios, y multitud de iglesias cuyas torres, baluartes de la aliviadora fe en el «más allá», parecen escapar del fracaso de la tierra, derraman sobre ella una pesadumbre de camposanto. Allí está el palacio de los famosísimos duques de Borgoña,



JORGE RODENBACH

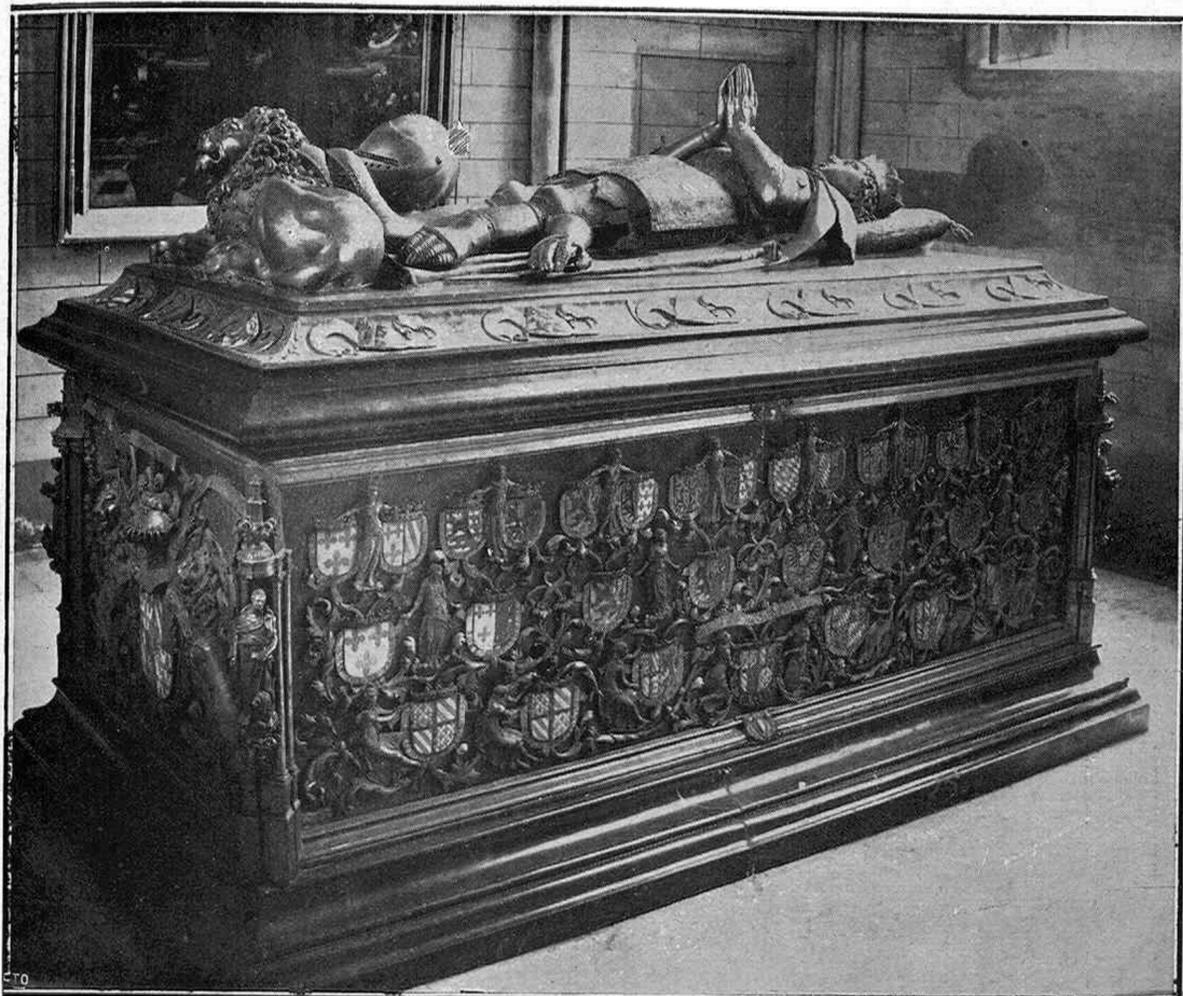


... Á Brujas iremos en otoño, cuando las hojas secas comienzan á cubrir de desengaños los caminos

donde nació aquel Felipe cuya varonil hermosura y temprana muerte habían de arrebatarse la razón á una reina castellana; la Capilla de la Sangre, que—refiere la tradición—guarda algunas gotas de la de Cristo, traídas de los Santos Lugares por el conde Thierry de Alsacia; la parroquia de San Jacobo, donde se conservan varias tumbas de familias españolas cuyos despojos, al descansar y disolverse allí, en tierra flamenca, parecen decirnos que pues en todas partes podemos venir á nacer y á morir, todos los pueblos debían ser hermanos; el Hospital de San Juan, que conserva muchos lienzos del maestro Memling; la iglesia de San Salvador, erigida hoy en basílica; las de Jerusalén y la de Santa Ana, y el muy solemne templo de Nuestra Señora, que cobija una «Virgen sentada», atribuida á Miguel Angel, y con tantos epitafios roídos y desvanecidos por los años, que en él—según frase dichosa de Rodenbach—«la muerte borra á la muerte».

Poco á poco, no bien sale de la Estación del ferrocarril en busca de un Hotel, el forastero comienza á experimentar el maleficio amustador, paralizador, de *Brujas la muerta*, como la llamó su poeta Jorge Rodenbach—en cuya prematura desaparición influyó acaso el untoso dolor del ambiente—y á comprender la taciturnidad de aquel «Hugo Viane», que tenía «las sienes desnudas y los cabellos espolvoreados de ceniza», y en quien «los ojos apagados miraban lejos, muy lejos, más allá de la vida».

Bajo aquel cielo plomizo, cuyo tristísimo color el artista malogrado refería «á una química especial de la atmósfera», el silencio—verbo de la ciudad—y las pequeñas melancolías que irradian las cosas, pronto nos cautivan en una red nostálgica.



La tumba de Carlos «el Temerario», cuyos restos mordidos por los lobos...

Todo llora, y el represado dolor de los objetos fluye en hilos invisibles que se enredan á nuestro pensamiento y lo empañan. Brujas se asemeja á un paño litúrgico que las musas de la Tristeza bordasen de continuo; y así la pesadumbre que de nosotros se apodera en la calle de las Piedras, verbigracia, se trenza con otras y hasta el extremo opuesto de la población nos sigue. Nosotros la sentimos, embrujadora y dominante, y sin advertirlo tranquilizamos el andar para no hacer ruido y bajamos la voz, y de este modo nos rendimos al silencio ambiente y cooperamos á él. Es la melancolía que envuelve la célebre Torre del Mercado, donde cantan, tres veces por semana, las campanas más musicales de Bélgica; la paz de renuncia que flota sobre la tumba—cobre y mármol—de Carlos *el Temerario*, cuyos restos, mordidos por los lobos, fueron llevados allí por orden de su tataranieto, Carlos V; la emoción claustral de las rúas del Arsenal y de la Viña, que guían al recinto denominado Béguinage; paraje señero, arbolado y esquivo, rodeado de casitas de planta baja, cuyo espíritu arcaico guarda, no obstante, la monotonía cenicienta de su color, una inexplicable vinculación sentimental con el romántico barrio de Santa Cruz, de Sevilla...

Todos estos lugares y otros muchos fraternizan extrañamente en la misma calma; una calma de siglos.

La emoción que nos produce la obscura fábrica del Palacio de Justicia, por ejemplo, la corrobora y aumenta una iglesia ó un lienzo de muralla, y todos los edificios, en suma, son como cuentas gemelas prendidas en el rosario sin fin del Tiempo.

Explica una leyenda que los cisnes que hoy circulan parsimoniosos por los canales de Brujas descienden de dos que en época muy remota adornaron el escudo de cierto noble injustamente condenado á muerte, y para demostrar la inocencia del prócer realizaron la maravilla de huir del cuartel donde estaban y de lanzarse al agua...

¿De dónde pudo nacer tal conseja sino de la misma tristeza con que esos animales lucen su elegancia á lo largo de los muelles verdinosos y desiertos?...

Bien sabemos que la arquitectura de una población es el resultado de un estado psicológico colectivo.

Por tal razón las ciudades, al igual que los artistas, deberán ser examinadas en aquel «momento de alma» que inspiró ó presidió su

erección, y constituye naturalmente su rasgo culminante. A Cellini conviene acercarse cuando cincela; á Mirabeau cuando sube á la tribuna; á Chopin cuando su inspiración se derrite suspirante sobre el pentágono... Lo propio debemos hacer con las ciudades representativas de una civilización ó de una raza: á Sevilla la visitaremos en verano, bajo el cielo tórrido que dictó á sus moradores el hechizo inefable de sus patios entoldados fragantes y umbríos; á Nápoles procuraremos llegar por mar y en el mila-

gro de una noche calurosa y lunada; á Brujas, para dejarnos contagiar bien de su encanto malsano, iremos en otoño, cuando el añil celeste palidece y los labios del viento ponen en nuestras mejillas un beso helado, y las hojas secas empiezan á cubrir de desengaños los caminos.

La actitud contemplativa del mejor retrato que se conserva de Jorge Rodenbach dice el gesto y la recogida disposición moral en que coloca á sus visitantes el silencio de Brujas.

Apenas nos alejamos un poco de las vías comerciales, creemos andar por un museo. Unos espejos colocados á un lado de las ventanas, cerradas siempre, de los pisos bajos, y en las cuales nuestra imagen se refleja al pasar, nos dicen que ojos atisbadores, probablemente de mujer, nos inspeccionan á través de las cortinillas que cubren los cristales; y lo hacen con tan recatado arte, que nosotros, aunque lo procuremos, no veremos á nadie.

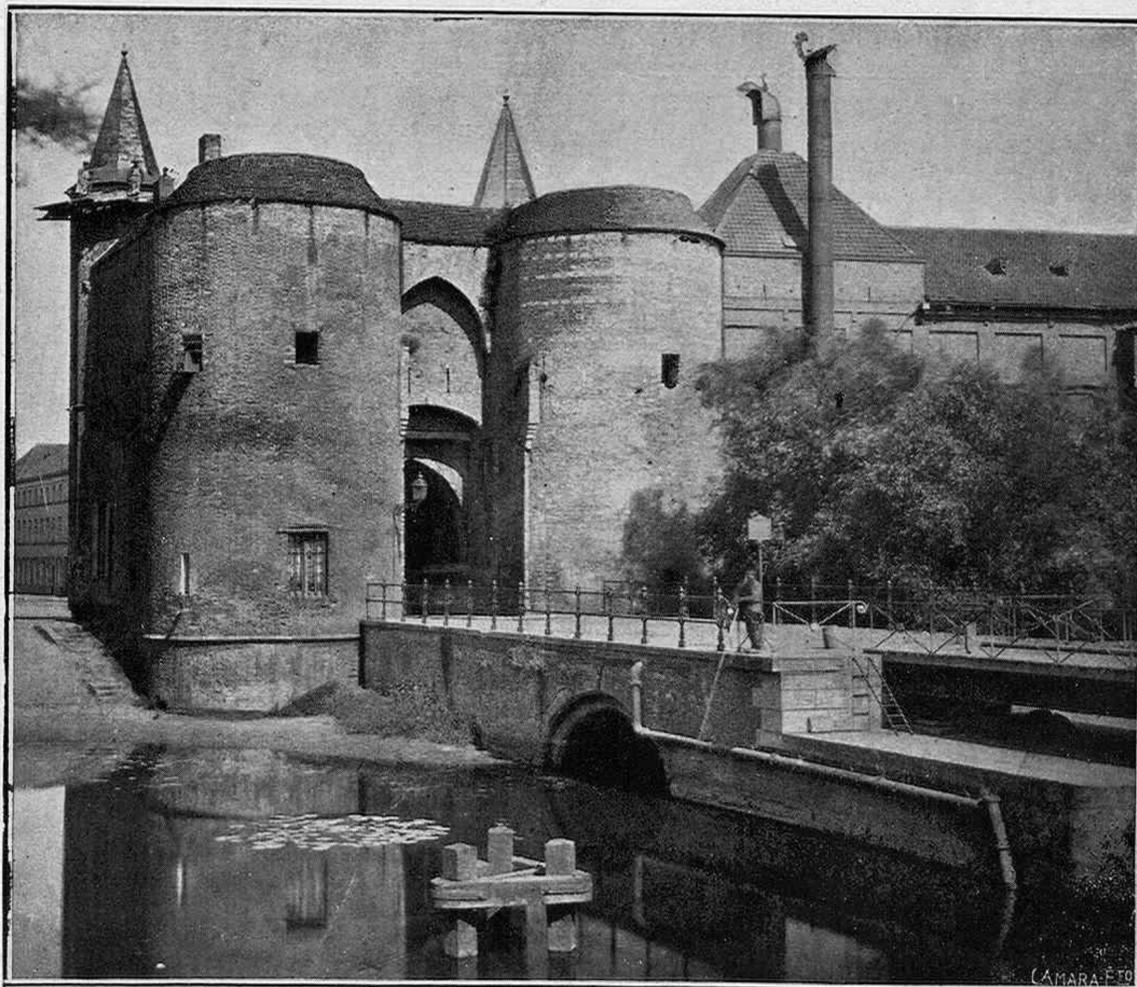
El árbol que más abunda en Brujas es el sauce, y sería temerario intentar describir cuán armoniosamente su ramaje inconsolable llora por encima de los viejos muros, sobre la agonía centenaria de la ciudad.

Muchas veces hemos entrado en una calle espaciosa, de adoquinado perfectamente limpio y parejo, llena de una indefinible claridad gris, y por la que en aquel momento no transitaba nadie, ni resonaba ningún ruido; y así el paisaje, ante nuestros ojos parecía pintado. Las casas, uniformes y sin balcones, se confundían en un plano de color obscuro, y los frentes cónicos de los tejados sin aleros y en forma de escalerilla, desvanecíanse suavemente en el espacio, enturbiado por esa niebla transparente, sutil y emocionante, que acaso influyó—¡oh, formidable armonía de las cosas!—en el arte vaporoso de los célebres encajeros de Brujas.

Un puentecillo negro, semejante á una ceja inmóvil, se reflejaba en la linfa quieta y plomiza de un canal; un sauce yacía desmayado sobre una tapia, y su fronda colgaba como una cabellera. No había viento. Un cisne pasó, y su estela hizo temblar la hojarasca que se pudría en el agua...

Brujas la pálida, la callada, la triste, deja en el alma la impresión de una rubia enferma. Y al escribir esto vuelven á mi memoria las palabras del poeta que pedía «para la esposa muerta una ciudad muerta».

EDUARDO ZAMACOIS



Los canales inmóviles de Brujas son grises como su cielo...

LA VISITA DE LOS REYES DE ESPAÑA A ITALIA



S. M. el Rey Don Alfonso con el Director de Arqueología, Sr. Siquer, visitando el Foro Romano



S. M. el Rey Don Alfonso recorriendo, en compañía de las autoridades, las ruinas del Palatino



SS. MM. los Reyes de Italia y España visitando la tumba del «soldado desconocido», en Roma

De verdaeramente triunfal puede calificarse la estancia de nuestros Soberanos en Italia, donde desde el día de su llegada no han cesado de recibir las más fervorosas pruebas de entusiasmo. El recibimiento hecho á nuestros Monarcas no ha tenido sólo la prestación del elemento oficial, sino que ha sido, además, un verdadero desbordamiento de la sinceridad popular, ganada por la simpatía de los Reyes de España. El pueblo italiano, comprendiendo que el ver juntos á los Soberanos de dos países adquiría magnitud de símbolo, demostró en todas las jornadas de la estancia en Italia un gran entusiasmo hacia nuestra patria. El viaje de los Monarcas, de tan honda significación para la fraternidad de los dos pueblos, fué una constante serie de agasajos



Su Santidad el Papa Pio XI en el emocionante momento de pronunciar su discurso ante SS. MM. los Reyes de España

FOTS. CAMPO Y ORTIZ

y de adhesiones, á todo lo cual correspondieron Doña Victoria y Don Alfonso con palabras de afectuoso reconocimiento hacia la nación hermana, que tan unida está por su espíritu y por su historia á la patria española. En las diversas ciudades que los Reyes visitaron, el entusiasmo fué idéntico al que en Roma mostró el pueblo italiano. Nota culminante del viaje real ha sido la visita que Don Alfonso y Doña Victoria hicieron al Papa en su Palacio del Vaticano, donde el Pontífice acogió afectuosamente á las ilustres personas. Como españoles, no podemos menos de enorgullecernos ante tanta demostración de amistad y afecto que, al ser dirigidos á Don Alfonso y Doña Victoria, eran también dirigidos á la patria española.



SS. MM. los Reyes de Italia y España, el Príncipe heredero y los señores Mussolini y Primo de Rivera en las maniobras militares de Centocelle

NARRACIONES HUMORÍSTICAS

EL LORO DE MISTER PAI

JAME DOMENECH

Voy á trasladarte, querido lector, á tierras lejanas para que asistas á una farsa social. Ignoro si te agrada. He de prevenirte que mi fin no es amargarte unos minutos con algo trascendental, pues creo que en los tiempos que vuelan, el espíritu, fatigado por la vida de adelantos y velocidades que le rodea, cuando dispone de un rato de libertad material prefiere abandonarse á un mundo de entrapelias que amargar su libertad con trágicas visiones.

Recordando cierto refrán, *Con la intención basta*, te diré que la mía no puede ser ni más meritoria ni más sana... Quiero entretenerte unos minutos sin que frunzas el entrecejo y en tus labios se dibuje un dejo de amargura; sin que tu boca se dilate en una mueca gro-

sera y torne rojizo tu rostro bajo el grotesco imperio de la carcajada, convulsionándose todo tu cuerpo como el bufón de los cuentos...

Repito: voy á trasladarte á tierras lejanas; no pienso que emplees para ello ni las nubes doradas por el sol, ó las ondas azulíneas, rientes y espumeantes, de que nos habla el poeta, ni el carro marino de Neptuno.

Alguien más prosaico que yo, más á la moderna, te recomendaría un automóvil, un avión ó una simple y ruidosa motocicleta... Más sencillo que los poetas y menos moderno que las modernas gentes, con sólo invitarte á soportar las adjuntas líneas serás trasladado á tierras lejanas...

¡Comienza, pues, la farsa!...

□□□

Ya estamos en la populosa ciudad de los rascacielos, más bien obra de gigantes, de seres mitológicos, que de míseros mortales. ¡Estamos en Nueva York! Juntos vamos á recorrer, con mudo asombro, en calidad de pigmeos, las amplias avenidas, sombreadas por las gigantescas masas de los edificios que parecen querer aplastarnos moralmente al considerar nuestra ridícula proporción. El avispero humano bulle á sus pies, y en las colmenas que van escalonándose hasta las alturas, en las que irradia el sol libre y juguetea en variegado desorden con las nubes. Sobre nuestras cabezas los trenes dan vértigo al cerebro y hieren el oído con una trepidación obsesionante, que se transmite por todos los nervios del ser. Bajo nuestros pies el topo industrial ha cavado el vértigo; ha sumido á las tinieblas á mayores profundidades, acorralándolas ante el Imperio Luz del hombre... Alza conmigo la vista, recrea tu espíritu en los jirones de cielo... ¿No compartes idéntica sensación?... Cuantos más adelantos crea el hombre, cuanto más complaca su vida, más parece alejarse la Naturaleza hacia las alturas azules y serenas, donde el aire es puro y el alma se adormece en dulce quietud.

Entremos en la Avenida núm. 14. Esto de numerar las calles, ¿no te parece una ocurrencia ingeniosa, agradable, libre de compromisos políticos? Aquí en España sería muy conveniente que el Municipio copiara esta medida urbanizadora. ¿Acaso no es mejor consagrar al número 14 la nominación de una calle, que ver

el pomposo apellido, más ó menos provechoso á la nación, de un Navarro Reverter ó de un Sánchez Toca, oxidándose en planchas de hierro esmaltado?

Recorramos la Avenida núm. 14. Aquí verás tiendas lujosas, bazares monumentales y oficinas de todas clases...

Ten paciencia; un trecho más... ¡Ya estamos! He aquí el *Palacio de la Subasta*, el famoso y amplio local donde lo mismo salen á subasta las joyas de alguna corona balcánica, fieras del Africa tenebrosa ó paraguas de algodón. A costa de varios empujones, ó exponiéndonos á la severa reprimenda de algún *policeman*, cumplidor celoso de su deber, podremos colocarnos en buen sitio, para contemplar en todos sus detalles la escena que no tardará en representarse ante los ojos de más de cuatro mil personas.

Observemos cuanto nos rodea.

Una sala amplia; grandes claraboyas se suponen en el techo, pues para hacer más suave la luz hay aparatoso *velarium*. Las paredes, de un blanco marfileño, con frisos de flores y frutas en relieve y policromados. El suelo, entarimado y con brillo. Los asientos están dispuestos como en un

cine: butacas, pasillos circunlaterales y dos más que se cruzan en el centro del local. Ante el lienzo de pared,

opuesto á la amplia puerta de entrada, hay un estrado con mesa y sillón. Un gran reloj, colgante, marca con rítmica pulsación la vida de los espectadores. De las paredes penden grandes cartelones; relucen en ellos letras doradas, visibles desde todos los ámbitos de la sala.

«A la ciudad de Nueva York y forasteros que en ella se encuentren:

¡Estáis de enhorabuena!

El maravilloso *Ink*, el popular en las cinco partes de la tierra, el que cautivó al mundo entero con su arte, con su prodigiosa inteligencia, con su pico de oro, se subastará hoy, á las seis de la tarde, ante el público que honre este local con su presencia.

¡Podréis verle, oír su armoniosa voz, y hasta os será dado acariciar su plumaje suave y variegado!

El precio mínimo en que *Ink* se adjudicará es de 30.000 dólares.

¡Salud, ciudadanos!

El Comisario de Subastas (firmado), *Burke*.»

Con la lectura de los carteles aumentaba el murmullo, y algunos polizontes demandaron silencio.

Desde el acaudalado míster, de la Wall Street, de abultado abdomen, ojillos vivos de movimiento y respiración aparatosa, hasta el famélico vagabundo de los muelles del Hudson, de ojos hundidos y circundados de negro, mirada apagada y despidiendo todo él un fuerte olor mezcla Virginia y ajeno, apíñanse las gentes allí sin dar la menor importancia á su diferencia social. Hay representantes del barrio judío: israelitas rumanos, turcos, griegos, que ocultan bajo sus andrajos y sus barbas crespas y largas millones de dólares. Igualmente vemos amarillos del *Chinatown*, de andares torpes y lentos, siempre en sus labios una sonrisa hipócrita, careta con que encubren pérfidas pasiones.

Una gran hilera de *autos* se va formando en la calle, ó incesantemente penetran en el local, como pueden, cientos de personas.

El gran reloj de la sala deja oír su voz sonora. La expectación aumenta y los polizontes, después de haber sonado la última de las seis campanadas, demandan nuevamente silencio, esta vez con tono amenazador.

Y cuando el silencio es tan completo que se perciben los latidos del reloj y el viento que gime en la calle, junto con el vértigo de la ciudad, se abre una puerta disimulada en el muro del fondo y aparece el rostro risueño del comisario de subastas, Mr. Burke.

Y con alegre entonación en sus palabras anuncia, casi en los mismos términos, cuanto puede leerse en los carteles; agita en el aire una reluciente campanilla y da comienzo la subasta.

—Señores: el precio de partida es de 30.000 dólares.

Y abriéndose de nuevo la puertecilla del foro, se presenta el dueño de *Ink*, que trae en una jaula dorada al encantador loro de fama mundial. Su presencia es acogida con vítores y comienzan los murmullos.

Otra vez agita Mr. Burke la campanilla, y los polizontes fruncen el entrecejo, reinando de nuevo la calma.

—Señores (y la mirada del comisario de subastas implora silencio al auditorio): he aquí á *Ink*; en cuanto os regale con su voz portentosa, nadie dudará de mis palabras.

El dueño del loro pronuncia palabras misteriosas junto á la jaula; sus ojos verdean con una mirada sugestionadora.

Los corazones del público laten al unísono; en tensión el arco de sus pestañas; el aliento parece suspenso en las bocas entreabiertas.

El loro, inquieto, se revuelve en su dorada cárcel; picotea, impaciente, los barrotes.

La expectación aumenta. Se abre la puertecilla de la jaula, y el animalito, presuroso, abandona la dorada prisión; sacude el plumaje, satisfecho; luego dirige sus ojillos relucientes al público, y, abriendo desmesuradamente el curvo pico, saluda con galante animalidad: —Buenas tardes, señores.

¡Es el delirio! Todos se levantan de sus asientos y prorrumpen en ruidosos aplausos... Luego, unos chillan, otros agitan sus pañuelos en el aire, y varias damitas arrojándole flores en prueba de admiración.

El agasajado, ante la ruidosa acogida que ha obtenido su galante saludo, sobrecogido de espanto, vuela á los hombros del amo y comienza á picotearle amigablemente, en demanda de auxilio.

—¡Señores, por favor! Contengan sus efusivas demostraciones—exclama Mr. Burke.

El loro, hábilmente tranquilizado por su amo, dirige de nuevo la mirada al público, que aguarda con ansiedad sus palabras...

—Soy vuestro amigo, soy vuestro amigo—con entonación que parece de reproche.

El auditorio logra dominarse ante la salida del sorprendente animalito.

Pero *Ink* prorrumpen en un «¡Viva América!»

Y la gente, sin poder reprimir su entusiasmo indescriptible, arrollador, álzase de sus respectivos asientos gritando desafortadamente, trastornados por la emoción que parece electrizar sus cuerpos y suspender todo raciocinio en el cerebro. Los de la calle pugnan por invadir el local; los del interior tratan de acercarse al estrado, y los policías comienzan á reparar raciones de bastón, á diestro y siniestro, en pro del orden. Caen muchos por tierra y otros son pisoteados entre los grillos de todos. La avalancha humana consigue su intento... *Ink*, su amo y Mr. Burke se ven rodeados por los más audaces ó los más hátiles...

Cuando se logra restablecer el orden y todos ocupan de nuevo sus asientos, ven al dueño del loro que gime y se mesa los cabellos, trastornado por el pesar. *Ink* ha desaparecido durante el barullo!... Pero pronto renace la calma en los corazones de todos, al verle en las alturas sobre un dorado cartel, batiendo las alas y chillando medroso. El amo de *Ink* dilata su pecho, comprimido por la angustia. Le creía perdido. Resignado, rodean á *Ink* los barrotes de su dorada prisión.

Mr. Burke endereza el cuerpo, esgrime impaciente el reluciente martillo. (Siempre cruel en sus fallos lacónicos é inapelables. Su sonido vierte amargura en el corazón de los vencidos, y la alegría del vencedor es inconsciente, es duda del provecho conseguido á costa de una rapidez febril.)

—Ruego silencio al auditorio.

Y los ojillos vivaces del comisario de subastas aquíetanse por un instante; parecen dilatarse y verdear sus pupilas. Una ráfaga misteriosa atrae las miradas de todos hacia el estrado. El ruido de la ciudad resuena en las bóvedas de la sala. La ola humana aguarda en silencio...

Comienza la subasta.

—Señores: el precio de partida son 30.000 dólares.

Un murmullo de asentimiento ondula desde el estrado hasta el fondo de la sala, y allí se pierde ya con el vértigo sonoro de la ciudad.

—¿Quién da más?—continúa Mr. Burke, y su vista recorre las miradas de los espectadores en muda interrogación.

Entre el mar de cabezas sobresale una figura elevada, enjuta de carnes, la piel lívida al transparentarse los huesos. Los pantalones cubren por completo las botas. El alma que reside en ese cuerpo pertenece á Mr. Paf, opulento rentista y persona de ideales modestos y sanos.

—Doy 32.000 dólares—es la voz cascada del señor de ideas cortas y pantalones largos.

Se alza un nuevo personaje: el dueño del mejor lavadero de Chinatown. El pudor nacional protesta contra la intromisión del humilde representante del mundo asiático. El amarillo nacional impera sobre el carmín de la dignidad ofendida, y el dragón, sobre fondo de oro, abre sus fauces de fuego y brama enfurecido; pero la sonoridad yanqui apaga sus protestas de leyenda.

—Treinta y cinco mil—chilla el amarillo.

La indignación de Mr. Paf ante la calidad de su adversario se traduce en cinco cifras: ¡40.000!

—Dos mil más—añade un nuevo postor, un potentado de la Wall Street, que ocupa un lugar ante el estrado.

—Cuarenta y tres mil—es la respuesta de Mr. Paf, que con una sonrisa forzada avanza al encuentro de su contrincante...

El chino, ya en olvido, ocupa de nuevo su asiento. El dragón comprime dolorosamente las fauces de fuego, y el fuego quema su corazón. Pero la sonrisa en los labios y en el rostro retrata la mayor indiferencia.

El hombre enjuto de carnes observa á su adversario con ojillos punzantes; una mueca burlesca se dibuja en sus labios, y sigue mirándole despreciativamente...

Pero el señor de la Wall Street, sin inmutarse, después de recorrer con su mirada fría y serena, de pies á cabeza, aquella extraña figura, dirige á Mr. Burke una nueva cantidad: 45.000 dólares.

—Cincuenta mil—es la contestación rápida de Mr. Paf, que, sonriente, cree aniquilar al banquero.

El auditorio se conmueve, comienzan los cuchicheos; del estrado parte una mirada de censura; los policías avanzan majestuosamente el pie derecho... Otra vez silencio...

Pero un resoplido quejumbroso altera aquella quietud: es un español que despierta. Rápidamente recuerda cuanto le rodea y sucede, y altivo levántase del asiento, alza la diestra y contiene las iras, prestas á desencadenarse...

—Señores—y su mirada recorre la amplia sala—, ofrezco sesenta mil dólares.

Protestas, burlas, desprecio, todo se convier-

te en muda admiración. Mr. Paf y el potentado de la Wall Street dan la espalda al estrado y contemplan un instante al nuevo postor, y...

—Setenta mil—gritan á la par, animados por un común peligro.

—¡...!—trata de hablar el español.

—¡Ochenta mil!—añaden á la par los dos americanos, antes de que su adversario trate de expresarse.

El español acoge esta nueva cantidad con una sonora carcajada, que ofende el sentimiento patrio del auditorio.

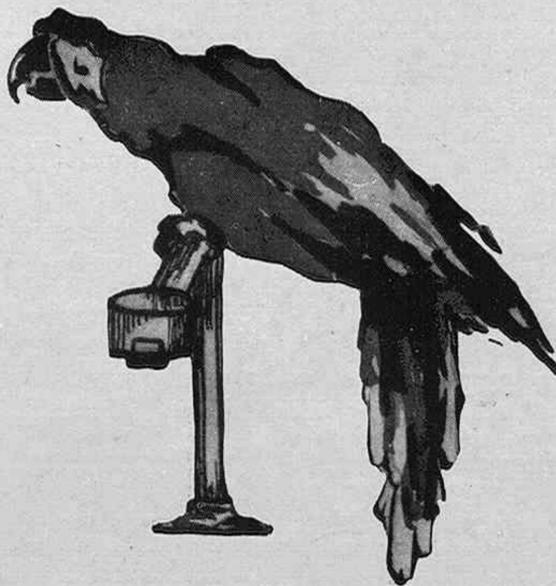
—Pero si no pensaba añadir un centavo más: quería decirles que para ustedes el loro...—y ocupa su asiento, inclina la cabeza, recoge la barbilla, hincha el pecho y un resoplido sonoro y franco anuncia el sueño renovado.

Un dejo despreciativo se marca en el rostro de todos los espectadores.

La voz estentórea del comisario de subastas despierta al auditorio.

—Dan 80.000 dólares por Ink. ¿No hay quien dé más?

Mr. Paf se aleja unos pasos del señor de la Wall Street... Sin el común peligro que les ha



unido por un instante, adquiere nuevos bríos su antagonismo.

—Ochenta y dos mil—dice la enjuta figura.

—Ochenta y tres mil—continúa el otro, que se precia en algunos kilos más.

—Ochenta y cuatro mil—Mr. Paf.

—Ochenta y cinco mil—su adversario.

Murmullos... Fruncen el entrecejo los policías... El rostro de Mr. Paf palidece. El dueño de Ink sonríe satisfecho...

—¡Ochenta y ocho mil!—chilla el flaco convulso.

—Noventa mil—añade el grueso, impasible, quieta y serena la mirada.

Nuevos murmullos... Clamores en las filas del auditorio... Intervienen los policías... Conatos de escándalo... Algunos espectadores se ven obligados, en provecho suyo, á respirar el aire más puro de la calle... Los dos postores, ajenos á estos incidentes, continúan acumulando dólares...

Cuando se restablece el orden se percibe la voz estridente y temblona de Mr. Paf:

—Ciento ochenta mil.

El señor de la Wall Street se detiene un instante; luego ¡sonríe! por vez primera... Mr. Paf retrocede asustado.

—Doscientos mil dólares—y la voz del banquero suena más potente esta vez.

Los policías alzan la diestra y conjuran el peligro... El auditorio, resignado, guarda silencio.

Las piernas de Mr. Paf parecen doblarse; se tambalea, y sus huesos crujen; pero una sacudida misteriosa reanima el alma: el cuerpo despierta de aquel desfallecimiento momentáneo y responde con energía:

—Doscientos diez mil.

—Doscientos veinte mil—dice impasible su contrincante.

—Doscientos treinta mil—el primero.

—Doscientos cuarenta mil—el segundo.

—Doscientos cuarenta y cinco mil—Mr. Paf.

—Doscientos cincuenta mil—el banquero.

La enjuta figura se tambalea; varias personas acuden en su auxilio y le sostienen... El comisario de subastas alza el dorado martillo...

—Dan 250.000 dólares por Ink... ¿No hay quien dé más?—y su mirada interroga al auditorio...—A la una..., á las dos..., y...

El señor de la Wall Street resuelve rápidamente, y con la diestra contiene el fallo de Mr. Burke. Luego dirige la palabra al público.

—Señores: podría dar hasta diez millones de dólares por Ink, sin que mi fortuna sufriera quebranto alguno (murmullos de asombro; conmueven los oyentes). Todos conocéis á Tom Gray... (esta vez el clamoreo asiente las últimas palabras del millonario, y la admiración aumenta). Hace una semana invertí veinte millones en la construcción de una escuela modelo de periodistas. Ya sabéis que en mi juventud fui un modesto periodista... Pues bien: veo que proporcionaría un grave disgusto al señor (dirigiéndose á Mr. Paf), y considerando su estado (burlas), me retiro, y con sumo gusto cedo al señor los derechos adquiridos sobre el animalito.

Tom Gray, grande entre los grandes, abandona el local entre los aplausos delirantes del público. «Al fin y al cabo, es un viejo maniático», piensa, satisfecha la conciencia.

ooo

Han pasado días y días. Los árboles han cambiado dos veces de color. Mr. Paf está inconsolable. Pasea horas y horas ante la jaula de Ink; sus huesos crujen, y ¡habla solo! Pero Ink es desagradecido: es un capital que no renta ni el 1 por 1.000. De cuando en cuando saluda al pobre anciano: *Vive le vieux cochon, vive le vieux cochon!*... ¡Esto es todo!... Y Mr. Paf sufre lo indecible.

Un día regresa á Nueva York el antiguo dueño de Ink, y requerido por la doliente y enjuta figura, *¡no reconoce en aquel bicho á Ink!*

Todo se aclara: durante el barullo fué substituido Ink por un vulgar congénere, y el raptor, aprovechando la confusión, huiría rápidamente con el animal tesoro.

Y, en efecto, así era la triste realidad.

—¡Y por esto he dado 250.000 dólares!—gime Mr. Paf, abalanzándose hacia la dorada jaula, en cuyo interior el loro parece pensativo.

Un puntapié, ruido de cristales..., y un policía que surge iracundo, mostrando acusador el rostro arañado y el uniforme lleno de manchas.

Más tarde, el Juzgado, una multa crecida, la burla, el descrédito...

Esta aventura amargó los últimos días de Mr. Paf.

ooo

Perdón, lector...

JAIME DOMÉNECH

DIBUJOS DE VICTORINA DURÁN

M I N U É

Inician los violines gimiendo dulcemente los finos y sutiles compases del minué, se inclinan las parejas ceremoniosamente, y, con bullir de pájaros dispersos de repente, volando va, cual lindo pájaro, cada pie.
La tarde resplandece con un fulgor de plata; las cornucopias glosan el baile en su cristal, pasando las figuras como una cabalgata; rie el amor, y, fuera, la noche tibia y grata duerme á la Corte en grave reposo señorial.
Hermosas y galanes, las manos enlazadas, sin el rumor más leve del cándido chapín, parsimoniosos giran, tejiendo delicadas figuras, floraciones del ritmo dibujadas en el plantel de un lírico, quimérico jardín.
La música aconseja furtivos galanteos, en tanto borda el mágico encaje del minué; invita á deliciosos y amables discreteos;

disculpa una caricia y encubre los deseos que nacen de la música sin saberse por qué.

Relucen las bordadas casacas, las rizadas pelucas y las gemas de múltiple color, y rien las graciosas guedejas empolvadas y hablan las redondeces del busto, mal veladas de encantos perfumados de juventud y amor.

Bella hora cortesana, madrigalesca y suave, en que es acaso el baile un cómplice gentil de la enguantada mano que entrega á otra una llave

ó del postigo cuyo secreto sólo sabe alguna hermosa dama de discreción sutil.

La noche tibia y llena de luna ensoñadora sirve de fondo al áureo retablo del minué con su cortejo amable de estrellas. Bella hora en que el amor es una sonrisa encantadora, tan exquisita y leve, que apenas se la ve.

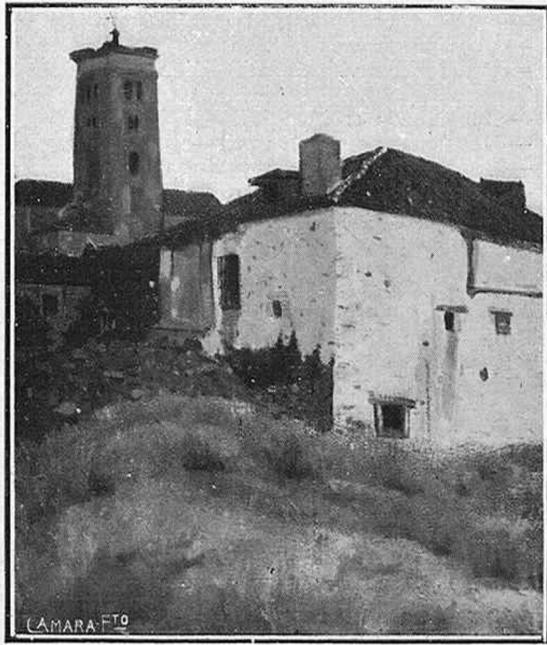
—Por vuestros ojos magos—rima el amor poeta—;

por vuestra boca rosa de claro sonreír; por vuestra voz, que sabe velarse tan discreta, asómase al semblante mi confusión secreta y juzgo que es muy dulce merced la de vivir.
Suspira en los violines el grácil ritornelo —encanto del instante que ya no ha de tornar—; la danza va acabando de tejer su áureo velo y los graciosos pájaros van á posar el vuelo sobre el tapiz suntuoso, que bordan al pisar.

Huelen á amor y á ensueño flores y madrigales; la noche está dormida, y el alba ya se ve, tímida y blanquecina, llamando á los cristales á tiempo que terminan los dedos musicales de bordar el encaje mágico del minué.

J. ORTIZ de PINEDO

LA VIDA ARTÍSTICA
LOS PENSIONADOS DE LA ESCUELA



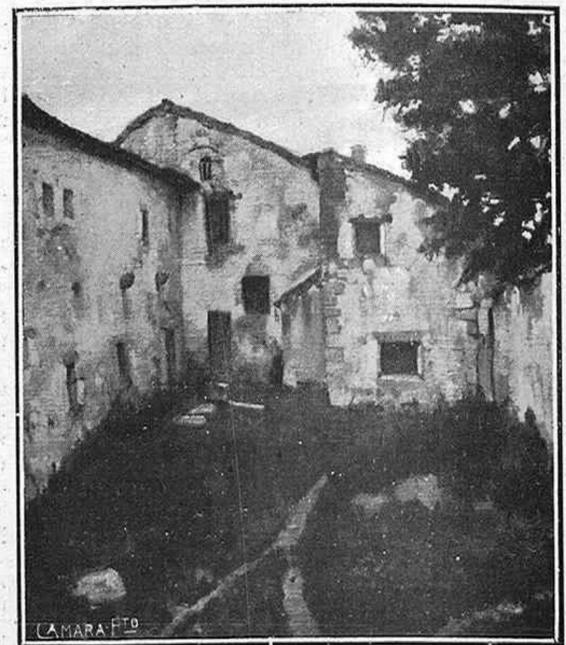
«Tarde tranquila», cuadro de Joaquín Reina Vallejo

el fondo las Escuelas de Bellas Artes, como las Academias, no tienen sino aquellos defectos y cualidades que puedan aportar sus miembros, nefastos ó beneficiosos allí ó fuera de allí, pero nunca lugares donde el aire esté contaminado de estupidez, los muros contagiosos de mediocridad y donde los bedeles se dediquen todos los días á cortar un poquito las alas interiores de las crías de genios sometidos voluntariamente al sacrificio de asistir á las clases oficiales.

Por lo que se refiere á la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado, como en realidad se llama el primer Centro de enseñanza artística de España—sin necesidad de ponerse bajo la advocación fernandina y cometer confusiones con la Academia instalada en el mismo edificio—, estos ataques son tan crónicos como injustos.

Por lo menos, desde que Miguel Blay la dirige, en cuyo período hemos tenido ocasión de comprobar cómo el insigne escultor la ha transformado en un sentido progresivo y, sobre todo, útil.

Miguel Blay, espíritu entusiasta, renovador, en la plena madurez de sus facultades y de sus energías, va consiguiendo que la Escuela Nacional de Bellas Artes no arrastre aquella vegetativa existencia de otrora. La ha transmitido, por el contrario, el dinamismo fecundo de sus iniciativas personales, procura acoplarla á cuantas derivaciones modernas merezcan ser atendidas. Y al tiempo que cuida el porvenir colec-



«La casa de la cautiva», cuadro de César Prieto

PRIMERO el grupo de pintores jóvenes enviados á la Cartuja del Paular; después el otro de los que fueron á Granada, la Escuela de Bellas Artes ha ido exponiendo en el Museo de Arte Moderno las pruebas de su eficacia en lo que á la pintura de paisaje se refiere.

No es nuevo ni seduce por inédito el tema de los ataques á la Escuela, á todas las Escuelas oficiales del mundo y en todas las épocas. Como á las Academias, se las considera centros donde antañonas sacerdotisas mantienen el fuego sagrado de la mediocridad intransigente y donde se mustian ó falsean los entusiastas instintos pubescentes.

Con las primeras pipas, el primer chambergo y las incipientes melenas se suele adquirir la característica externa del «artista independiente» renegando de la Escuela y de todo su profesorado, sea la que fuere y procedan ellos de donde procedan.

A fuerza de costumbre, los ataques no suelen tener importancia. Y cuando se toma alguien la molestia de enterarse sin apasionamiento ni prejuicio, se ve que en

tivo de los jóvenes, estimula en ellos cuanto significa promesa estética personal y da al caserón ecoico de glorioso pasado aquellas nuevas transformaciones que exigen por igual el cuerpo y el espíritu: las clases amplias, la biblioteca bien nutrida de libros y revistas, la acogida «española» á los artistas hispano-americanos y portugueses con los mismos derechos que si hubieran nacido en nuestra patria, la concesión de premios durante el curso, etc.

Habrà de hablarse en otra ocasión exclusivamente de la Escuela, de la labor personal de Miguel Blay como director. Era preciso, no obstante, aludir hoy ligeramente á ella, cuando nos encontramos con los alumnos de paisaje pensionados en la Cartuja del Paular, ya que es la primera vez que los catálogos y las invitaciones recaban para la Escuela la legítima responsabilidad de los ejercicios y del resultado.

ooo

Nos complace hallar en la exposición simpática de los jóvenes paisajistas la prueba de que no fueron inútiles nuestras advertencias de los



Grupo de los expositores pensionados en el Paular

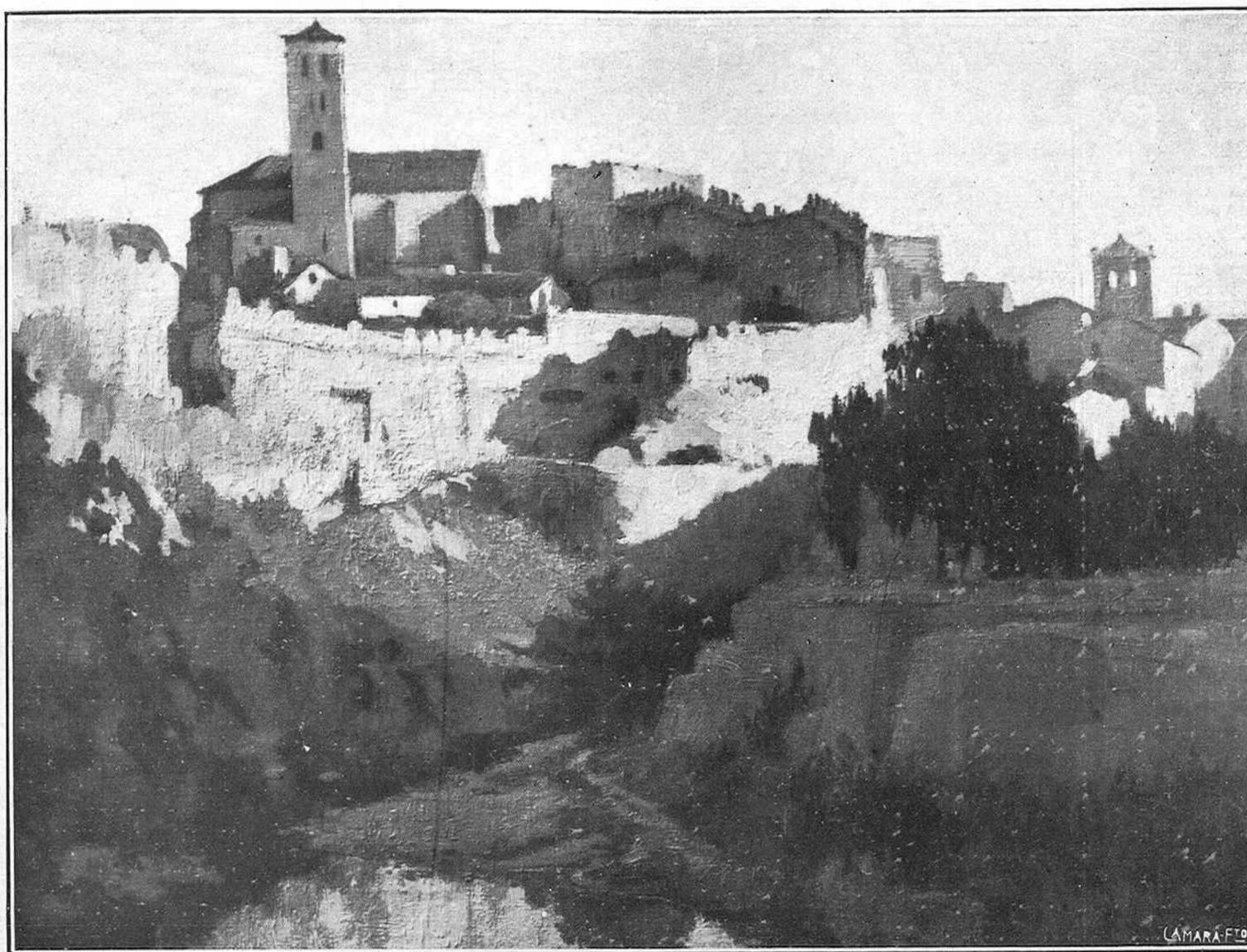


«El molino», cuadro de Jacinto López Romero



«Jardín de una celda», cuadro de Lorenzo González

FOTS. CORTÉS



«Oro viejo», cuadro de Enrique Simonet Castro

años anteriores. El actual encargado del curso de verano, Sr. Esteve Botey, ha procurado evitar la monótona sumisión temática de las exposiciones anteriores. No se han limitado los trabajos de los alumnos á los claustros, patio, iglesia y á los aledaños exteriores de la Cartuja. Y además sólo de un modo mortecino, de «últimos chispazos», vemos el reflejo de ciertas fulguraciones manieristas que parecía el inevitable tópic factorial de cuanto muchacho durmiese una noche en las celdas de la Cartuja. Poco á poco llegaremos á conseguir que estas pensiones veraniegas sean lo que deben ser: libertad de residencia, libertad individual de cada artista. Todo se arreglará con diferente distribución de los fondos consignados para ello. Por de pronto, la manifestación artística de este año ha satisfe-

cho de tal modo que retrotrae el laudable propósito de los iniciadores á su eficacia primitiva.

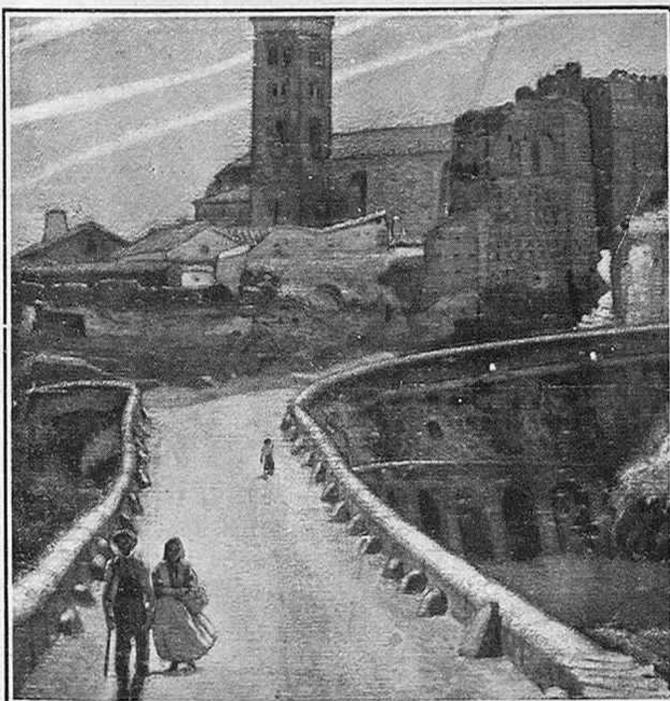
Los siete pensionados de la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado presentan, en su mayoría, lugares y horas de Buitrago, sin olvidar aspectos del Paular y de sus cercanías. La estancia en la serraniga villa, ahumada de históricos recuerdos y lozanamente viva en lo que á sus espectáculos naturales se refiere, ha servido para que los jóvenes artistas se libertaran de las influencias ajenas, inevitables á los pensionados anteriores cuando hacía falta ser ya el artista personal, independiente y formado —como algunos de quienes se hizo á su tiempo el debido elogio—, para no caer en el amaneramiento, la imitación servil y la monotonía localista.

En cambio, ahora hallamos un desembarazo

plaza de Buitrago es una pequeña obra maestra que el Museo de Arte Moderno debía adquirir. No sólo es la mejor de todas las de Ricardo Segundo, sino la primera de todas las de la Exposición. Simonet Castro, desligado de su laudable en cuanto no sea única obsesión de ilustrador editorial, adentrándose más en la interpretación realista del paisaje, acusa un avance notorio. Deben citarse de él: *Prado de la Reina* y *Horas de paz*.

Igualmente *Mañana*, de López Redondo; *La puerta del Lozoya*, de Garralda; *El prado de las llaves*, de César Prieto; *Paisaje serrano*, de López Romero, y *La Torre roja*, de Morales, con *El corredor del sol*, de Peinado Vallejo.

SILVIO LAGO



«El Puente de Buitrago», cuadro de Ricardo Segundo

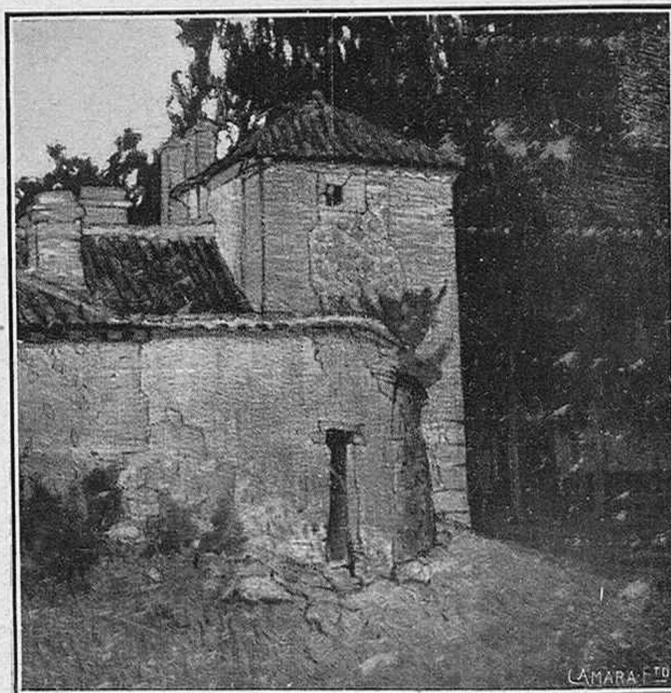
juvenil, una frescura de sensación y de interpretación muy gratas. Adivinamos al pintor saboreando el placer de saberse frente á un tema inédito y de luchar solo con sus propios elementos y cualidades, sin que nada le dé la reminiscente fórmula.

Ocho son los expositores actuales, que citaremos por el orden catalogal: Ricardo Segundo, Simonet Castro, Fausto López Redondo, Lorenzo Garralda, César Prieto, López Romero, Morales Alarcón y R. Peinado Vallejo.

A ninguno de ellos puede recusarse, ya que les anima por igual el fervor de su arte; pero sí debe hacerse una mención especial de Ricardo Segundo.

Ricardo Segundo se ha consagrado por entero á la interpretación de Buitrago, salvo alguna nota de Sepúlveda. Una recia fuerza constructiva caracteriza sus cuadros; una gran sensibilidad lírica, también.

Si atiende á la expresión formal de las cosas y á los problemas lumínicos, no por ello abandona el ejercicio de la emoción íntima. Así, la obra de la



«La torre roja», cuadro de J. Morales Alarcón

RECUERDOS DEL PASADO

EXISTE en España una serie de cuadros, pintados en el siglo XIX, que tienen una gran importancia, más que por su mérito artístico, por su valor de documentos históricos.

Uno de ellos se destaca entre los varios de este género que existen en el Senado. Este cuadro de la coronación de Quintana, unido al de la reunión de artistas, que pintó Esquivel, nos han dejado los retratos de casi todos los grandes artistas y personajes de la primera mitad del siglo pasado.

Quintana, el poeta erudito y aristocrático, que llegó a tan rara perfección de la forma, fué públicamente coronado en el salón del Senado, recibiendo su corona de manos de la Reina Doña Isabel II.

El duque de la Victoria, rey de hecho, que sostenía con su espada el vacilante Trono de la joven Soberana, se mostró decidido admirador del poeta y aconsejó á la Reina que dispensase el honor de ceñirle ella misma la corona.

Doña Isabel, discípula de Quintana y de Ventura de la Vega, era admiradora de la poesía y aceptó la idea con entusiasmo.

Generosa siempre, Isabel II dió á la Comisión encargada del homenaje á Quintana seis mil reales y costó la bandeja de plata que había de contener la corona, cuyo importe ascendió á mil quinientos duros, precio fabuloso entonces.

La coronación de Quintana fué una fiesta en Madrid. Aunque el día era frío y nebuloso, las gentes se agolpaban en las calles por donde había de pasar la comitiva, y ventanas y balcones estaban vestidos con ricas colgaduras.

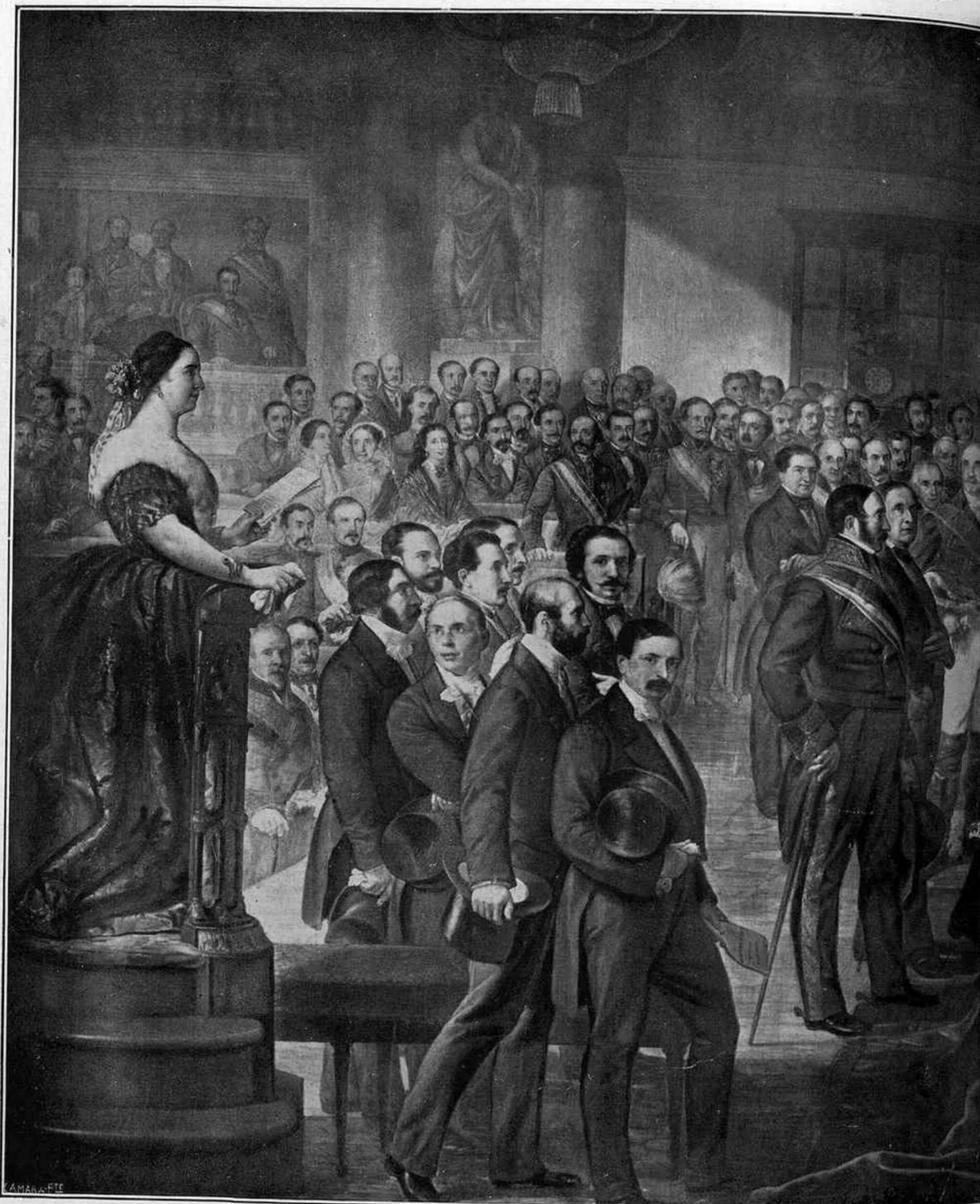
El cuadro de D. Luis López nos ha dejado con la exactitud que á una galería de retratos conviene el reflejo fiel de lo que fué esta ceremonia.

Es un cuadro que de vez en cuando hace sentir el deseo de ir al Senado para visitar á todos aquellos amigos.

Doña Isabel II está sentada en el Trono, cerca del Rey consorte, y ostenta toda la lozania de su belleza, tan española y tan castiza.

Podría decirse que está vestida de reina. La moda de 1855 favorecía la ostentación y la pompa con que la imaginación rodea á los reyes. Isabel II, la de los grandes escotes y las largas colas regias, llevaba un traje de seda blanca, bordado en verde y guarnecido de encajes. Se adornaba con un soberbio aderezo de brillantes y perlas.

Viendo á esta Reina tan joven y lozana, se repara más en las figuras de los caballeros, ministros y grandes, todos de uniforme de gala, ó de severa etiqueta, luciendo cruces y bandas. Parece que van todos á un torneo, para alcanzar el pre-



LA CORONACIÓN DE QUINTANA
Cuadro original de Luis López,

mio de la mirada de la princesa. Hay un cuidado especial en cómo arreglarán sus bigotes, sus barbas corridas, sus patillas románticas, sus perillas, sus *moscas* ó sus caras rasuradas, que tal variedad había.

Frente á la Reina, en la tribuna, como otra reina de derecho divino, superior en hermosura y talento, está Gertrudis Gómez de Avellaneda, la gran poetisa cubana. Tiene una belleza fuerte, fresca, serena, sólida. Se ve una mujer en la fuerza



LA CORONACIÓN DE QUINTANA
Cuadro original de Luis López, que se conserva en el Senado

de su estío, con plena conciencia de su valer, que sabe alzarse ante aquella concurrencia escogida, frente al solio de la Soberana, para elevar su voz en nombre de las mujeres españolas.

Un facsímil de este cuadro da la explicación de quiénes eran todos estos personajes, de los que ya no existe ninguno. Quedan á veces algunos retratos que no se conocen, á pesar de que la poe-

sía de Miguel Agustín Príncipe, en elogio del cuadro de Luis López, los ha enumerado á todos.

Así, entre las damas señaladas como desconocidas, se hallaban nada menos que la ilustre Teodora Lamadrid y Rosa Butler. Aparece á su lado, con su dulce rostro virginal, la bellísima Carolina Coronado, que es quizá la última ultrarromántica de España.

Entre los hombres figuran escritores y poetas de la nombradía de García Gutiérrez, Núñez de Arce, Hartzenbusch, Mesonero, Segovia, Bretón, Lafuente y Ventura de la Vega.

Los grandes políticos de su tiempo están todos allí: Gasset, Sagasta, Espartero, O'Donnell y Olózaga, que no había de tardar en lanzar en el Parlamento la célebre frase: «Dios salve á la Reina, Dios salve al País».

Allí estaban el futuro Regente del Reino y algunos de los ministros del primer Gobierno republicano.

Quando se mira ese cuadro y se evoca la actuación que han tenido sus personajes en un porvenir que es pasado para nosotros, se convierte en un símbolo de falsedad.

Doña Isabel puso la corona en las sienes del poeta (que para poder hacerse un traje y presentarse á recibir este honor había tenido que pedir prestados cincuenta duros á un amigo), diciéndole: «Yo me asocio á este homenaje en nombre de la patria como reina, y en nombre de las letras como discípula.»

Pasó un soplo de emoción por la brillante asamblea al ver inclinarse la frente del anciano para recibir la corona. La Reina llevó el pañuelo á sus ojos; Quintana lloraba; la duquesa viuda de Alba y la condesa de Puñonrostro sollozaban... En las tribunas gemían todas las damas y los ojos de los caballeros tenían un brillo de lágrimas.

Hubo un viva á la Reina, repetido con entusiasmo delirante.

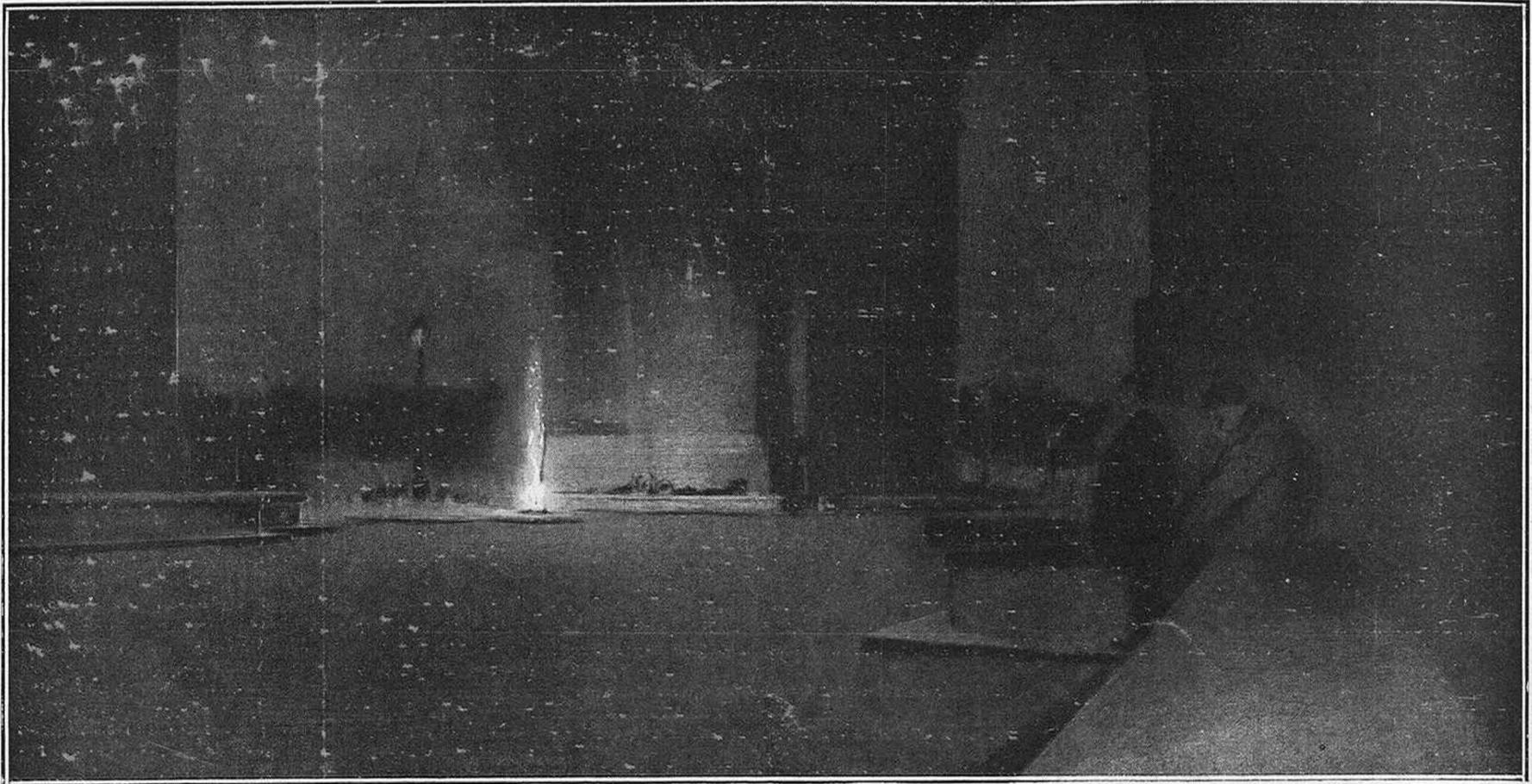
Quando algunos lustros más tarde Doña Isabel II volvió á España, después de su destierro y de la restauración, para visitar á su hijo D. Alfonso XII, vió este cuadro del Senado y permaneció más de media hora silenciosa contemplándolo. Debió conocer á todos los personajes; vería revivir aquellos momentos gloriosos de su pasado... y si comparó y recordó... Tal vez otra lágrima le obligaría á llevar á los ojos su perfumado pañuelo de Cambray.

CARMEN DE BURGOS
(Colombine)

FOT. MORENO



POÉTICO HOMENAJE AL HEROISMO FRANCÉS



Aspecto de la Plaza de la Estrella y del Arco de Triunfo, de París, durante la noche, á partir del 11 del pasado Noviembre, fecha en que comenzó á lucir la «llama perpetua»

DURANTE los días 1 y 2 de Noviembre, y por feliz iniciativa del Municipio de París, ardieron bajo el Arco de Triunfo, y sobre la tumba del «soldado desconocido», dos artísticas lámparas. Fué el homenaje de la gran metrópoli francesa á los muertos en la guerra. Pero ésto no bastaba al acendrado patriotismo fran-

cés. Y á partir del 11 del pasado Noviembre, ese lugar sagrado tiene un fuego perpetuo, destinado á honrar la memoria del héroe anónimo, ofreciendo perenne testimonio del amor y de la gratitud de la nación francesa hacia los que dieron su vida por defenderla. La «llama perpetua» fué encendida el día citado por M. Maginot, Mi-

nistro de la Guerra, renovándose la piadosa ceremonia al siguiente por el general Gougaud. En lo sucesivo se encargarán de alimentar el fuego de la lámpara funeraria las Asociaciones de Combatientes. El depósito de petróleo, en forma de copa, está emplazado sobre un escudo de combate, tendido en el suelo.



El Ministro de la Guerra, M. Maginot, encendiendo la «llama perpetua» bajo el Arco de Triunfo, de París, el 11 del mes pasado
DE «L'ILLUSTRATION»

CAMARA-FOTO

EL DESAMOR DE VASANTI

EN la tarde diáfana y dorada, olorosa á cedros, en la terraza detrás de cuya balustrada de mármol se iba hacia el horizonte remoto un lago de serena excelsitud, azul como la túnica de un dios, el príncipe Rudani descansaba del hastio harto de su principado. Sus manos centelleadoras de sortijas acariciaban una tigresa nacida seis días antes y sobre la cabeza tenía el doble turbante de seda blanca bordada de oro con el penacho verde sujeto por un broche de esmeraldas y berilos.

Sentada frente á él, según es uso en las leyendas pretéritas y en las operetas actuales, su nodriza le narraba historietas de amor y hechicería que le aguiñasen para cuando hubiera de correr el mundo y saborear los frutos agrídulces de la vida.

Y empezó así en aquella tarde dorada del sexto mes, cerca de la hora santa en que las sacerdotisas agitan sus velos para las danzas que los músicos de Occidente creían voluptuosas antes de descubrirse las epilepsias de los dancings americanos.

—Hoy, mi alto señor Rudani, voy á referirte un ejemplo de cómo el corazón de la mujer fué siempre el mismo para la fidelidad y cómo el cerebro del hombre fué igual siempre para el orgullo, bajo las tres miradas divinas que otorgan el Bien, el Mal y la Justicia.

En una ciudad que ceñía un río y donde era en todo tiempo benigno el clima, vivía un príncipe de más años que tú y de no menor fortuna, llamado Bairaba, en unión de su esposa, nombrada Vasanti, que unía la belleza á la discreción.

Bairaba poseía tierras, ejércitos y tesoros. Vasanti no tenía, cuando él la hiciera suya, más que su carne morena como las hojas de las magnolias cuando empiezan á consumirse de luz y tenía los dientes tan blancos como el frío que cae hecho lluvia del cielo en los países del Norte que nunca quiso ensangrentárselos de betel.

Era virtuosa y estéril. Con lo cual su cuerpo parecía siempre el de una niña, y su pudor también.

Pero sucedió que el rey, á quien debía sus riquezas y sus ejércitos Bairaba, sintió la ambición de ensanchar más sus dominios, según decían los ministros, pero en realidad le movía la codicia de una mujer que en el reino de enfrente iluminaba las horas de otro monarca.

Envió ejércitos para hacerse un camino rojo hasta el corazón de ella y la corona de él, pues en esto de amores y guerras, poderoso nieto de Vichnú, las mismas pasiones agitaban á los hombres de ayer que consumirán á los de mañana.

Bairaba vióse obligado á partir, seguido de sus guerreros, en busca de no sabía qué otro príncipe y qué otros valientes hombres de armas; pero antes, como hombre de buen sentido, á pesar de ser celoso—ó tal vez por ello—hubo de pensar en cómo son malos consejeros la ausencia y el abandono del marido para las mujeres.

Atravesó el río, subió un cerro, descendió á un valle y subió una colina. Allí tenía su refugio un viejo medio asceta, medio brujo, que despreciaba á los hombres y que les vendía remedios á favor de sus vicios.

Bairaba le explicó el motivo de haber vadeado

el río, subido el cerro, bajado el valle y trepado hasta la cueva.

—¿Y qué deseas de mí?—preguntó el viejo.

—Marchar seguro de la fidelidad de Vasanti.

—¿Ella te ama?

—He sido el primer hombre que conoció y yo desperté su espíritu á la felicidad.

—Bien. Entonces vuelve mañana á la caída de la tarde y te daré un amuleto que sabrá decirte siempre que á él acudas si Vasanti ha continuado siendo fiel á vuestro amor.

Tornó Bairaba á su palacio y aquella noche

el sueño se burló de él, dejándole indefenso y febril en manos del insomnio.

Al día siguiente, cuando los cobres de la tarde se inflamaban en la tierra y los aceros, los ópalos y las perlas de las nubes empalidecían y todo ruido tenía ritmo de canción en las almas y en los campos, Bairaba llegó á la cueva del asceta que vivía para las pasiones ajenas lejos de ellas.

—Aquí tienes este vaso que mis manos han modelado y que las manos de tu esposa deben ser las únicas que llenarán de agua para ti. Sólo tú habrás de beber en él y sólo ella habrá de llenarlo cada vez que tengas sed del cuerpo y del



IGUAL RUIZ

alma. Y es tal el poder misterioso de este vaso humilde, que si Vasanti cometiera pecado de infidelidad, el agua te sabrá amarga como hieles y te abrasará las entrañas, aun cuando veas llenarle de la fuente más pura y fresca de tu jardín.

Pagó espléndidamente Bairaba el vaso y le faltó tiempo para pedirle á su esposa que le llenara á su presencia. Un poco le temblaron las manos al llevarle á los labios. ¡Pero nunca tuvo tal frescura y tan delicioso sabor el agua que en aquellos instantes bebía sin dejar de mirar, agradecido, á la amada!

Dos días después partió Bairaba al frente de su ejército. Y ya estaba en lo alto de la torre de su elefante, cuando pidió de beber á la esposa, y luego de devolverle el vaso sintiendo en los dedos la frialdad del agua cristalina que contuviera el barro embrujado, le dijo á Vasanti:

—Cuida de que no se rompa y que al volver de la guerra lo primero que puedan besar mis labios sea este vaso.

—¿Antes que mi boca?—preguntó la ingenua Vasanti.

—Antes que tu boca, joh, amada mía!

Y en un alegre estrépito de músicas y vítores Bairaba partió seguro de dos cosas: del triunfo contra el enemigo y de no ser engañado como otros maridos.

II

Transcurrían las lunas sin que la guerra declarase victoria á favor de ninguno de los reyes. Se les unieron otros y ya desde las sierras á los llanos, por el mar y por los ríos todo eran incendios, fragor de combates, cadáveres insepultos y mujeres enloquecidas por el dolor y niños hambrientos.

Bairaba no volvía y Vasanti empezaba á dolerse de su viudez sin muerte, mientras un mozo rendido y discreto, cual debe ser todo el que aspira al corazón de una mujer, intentaba que sobre el yermo de aquella viudez sin muerte brotaran rosas de pasión.

Al principio, ella se retiraba de los balcones y las terrazas adonde llegaba el eco de las can-

ciones de él; indignóse contra las cartas encendidas de un fuego oculto y despidió á seis doncellas que sucesivamente quisieron hacer flaquear su voluntad.

Pero el tiempo transcurría. Acaso Bairaba podía haber muerto; Vasanti empezó á pensar en el amor perdido y á desearle posible en el amor que le ofrecían. «Cuando una mujer —joh, Rudani!—piensa, Siva acecha», dice el proverbio.

De pensamiento en recuerdo fué entreabriendo la celosía de su alma y las de sus ventanas y sintió como caricias de palomas en sus sentidos las palabras y la presencia del amante y bendijo la estrella Iris que luce en la pagoda de Ten-Tanli.

Vivió la pasión varias lunas, cada vez más loca y más dulce. Vasanti era como aquellas hijas de los hombres que en Ceylán se inclinaban felices á la voluntad de nuestro padre destructor y fecundador.

Pero como todo orto tiene su ocaso y tú mismo, Budani, hijo de un rey poderoso y poderoso mañana, que hoy estás lleno de juventud y de ilusión, reposarás un día inmóvil pudriéndote bajo tus armas de combate y tus joyas; como todo concluye, repito, volvió Bairaba con su ejército mermado, pero glorioso en la terrible empresa de conquistar una favorita y unas tierras más á su señora.

Vasanti, pálida, temblorosa, se ocultaba bajo sus velos é inclinaba la cabeza contra los senos.

El caudillo la miró inquieto.

—¿Por qué no vienes á mis brazos?—preguntó.

—¿No me dijiste, señor, que antes de mis labios querías besar el tosco barro de un vaso? Aquí le tienes.

Y le tendía temblorosa el vaso lleno de agua cristalina. Pero él dudó.

—Tira ese agua. Y llénale de nuevo delante de mí.

Obedeció Vasanti, y sin atreverse á mirarle elevó hasta Bairaba el recipiente embrujado.

¡Oh! ¡Nunca tan fresca, tan deliciosamente grata al paladar y al corazón le supo bebida alguna á Bairaba!

Y dió toda su gratitud á la esposa en un largo abrazo, mientras sonaban las músicas y los vítores en honor suyo y los elefantes heroicos barritaban de júbilo.

III

Mas, ¡ay!, que cuando á la mañana siguiente el esposo feliz pidió de nuevo á Vasanti que saciara su sed, le supo amarga el agua y le abrasaron las fauces y le ardieron las entrañas.

Loco de rabia y de espanto tiró al suelo el vaso, que se rompió en pedazos, rechazó á Vasanti llorosa y suplicante, cruzó el río, subió á la montaña, bajó el valie y trepó á la cueva del asceta.

Recibióle éste sonriendo porque estaba seguro de que Vasanti acabaría por faltar á Bairaba; pero su semblante adquirió grave expresión meditabunda cuando Bairaba le explicó que precisamente el día en que más seguro podía estar de la fidelidad conyugal era cuando el amuleto afirmó lo contrario.

Largo tiempo discutieron lo peregrino del caso, hasta que de pronto el asceta comprendió que el amuleto no había mentido, sino Bairaba.

—¿Yo? ¿Que he mentido yo?—rugió el caudillo victorioso en la guerra y vencido en el amor.

—Sí, tú, porque me dijiste que tu esposa te amaba. Aquel vaso fué hecho para el amor y no para el desamor. Tú has sido el que la hiciste faltar al hombre amado. Si no hubieses vuelto, el agua habría sabido á deliciosa frescura en el vaso de la fidelidad...

ooo

Y este es, alto hijo del Vichnú, el peregrino ejemplo del desamor de Vasanti, acaecido para demostrar que siempre fué el mismo el corazón de la mujer y el cerebro del hombre, bajo las tres miradas divinas del Bien, del Mal y de la Justicia...

FORTUNIO

ILUSTRACIÓN DE IGUAL RUIZ

MEDITACIONES DE OTOÑO

Otoño. Cielo plúmbeo y ambiente de meditación. Tras las claras luminosas del estío, en que la despreocupación pasó su esfinge vanidosa por playas y balnearios, llegan las abismáticas cerrazones de estos días tortuosos poniendo en vigorosa acción flagelante el cilicio del pensamiento.

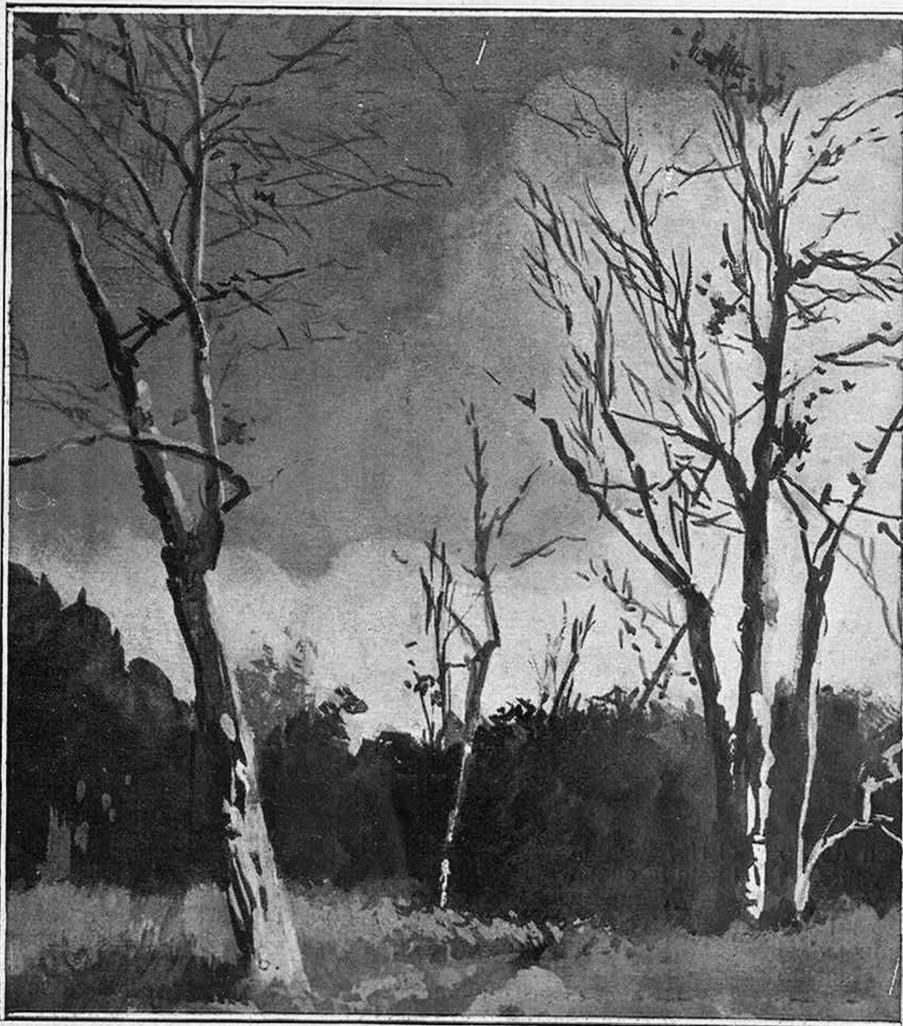
Es esta época de reconversión, donde la vasta amplitud del espíritu diríase contraerse y reducirse á la justeza de su pequeñez. La vida en sí parece prisionera de algún genio maligno que, aferrándose á la realidad, nos hace sentir todas las dolorosas torturas del desencanto.

En balde intentaremos burlar el dolor, que, como la inmensidad, es un círculo cuyo centro está en todas partes.

El otoño sugiere en nuestro ánimo ideas hondas, profundas como el misterio insondable de sus días. Es un pesimismo con afanes de expiación por nuestros errores, ahora más perceptibles que nunca, ya que mentecatos ó ciegos mantuvimos la certidumbre del triunfo ante las mismas puertas del fracaso.

Repasando las cuentas del rosario de nuestras cuitas—conquistas sobre la voluntad y conquistas sobre el amor, pequeñas satisfacciones de orgullo y cumplidos homenajes á la humana ambición—, es cuando sentimos la desilusión de una vida sin objeto. Porque ¿qué es todo lo alcanzado junto á la tortura inquisitiva de la espuela del futuro? ¿Acaso con cada día que amanece no nace en nosotros un nuevo afán de victoria ó un nuevo sentimiento de renunciación?

Predisuestos á la sensibilidad de estos días, no sé qué presagio de inefable ternura invade nuestra alma ante la contemplación de las ro-



sas del otoño. Diríase esa compasión atarazante hacia todo lo que tiende á morir. Sí. Morirán las rosas al empuje del viento crudo y de la lluvia recia, ó serán estranguladas por unas manos femeninas que las elegirán como mensajeras de remembranzas para alfombrar las tumbas de los que fueron.

Y pensamos con cierto terror en lo que acaba para siempre, no sin mezclarlo con la esperanza egoísta de un más allá puerto de salvación al que pretendemos arribar, no mediante el ejercicio del bien, sino mediante el implorativo del perdón.

¿Para qué, pues, esa adopción de supina suficiencia con que nos queremos mostrar ante el mundo?

«Sed fuertes. Oponéos á toda resistencia; destruid todo impedimento que obstaculice vuestra finalidad.» Así, con la prosopopeya de afectadas rebeldías, suelen hablarnos los que en un momento de orgulloso escepticismo pretenden ostentar la encarnación de los semidioses. Pero un íntimo sentimiento de sinceridad nos enfrenta con la meditación consciente de nuestro estado paia que nos estudiemos y nos conozcamos. «¡Sed fuertes!» Y la menor dolencia nos amilana.

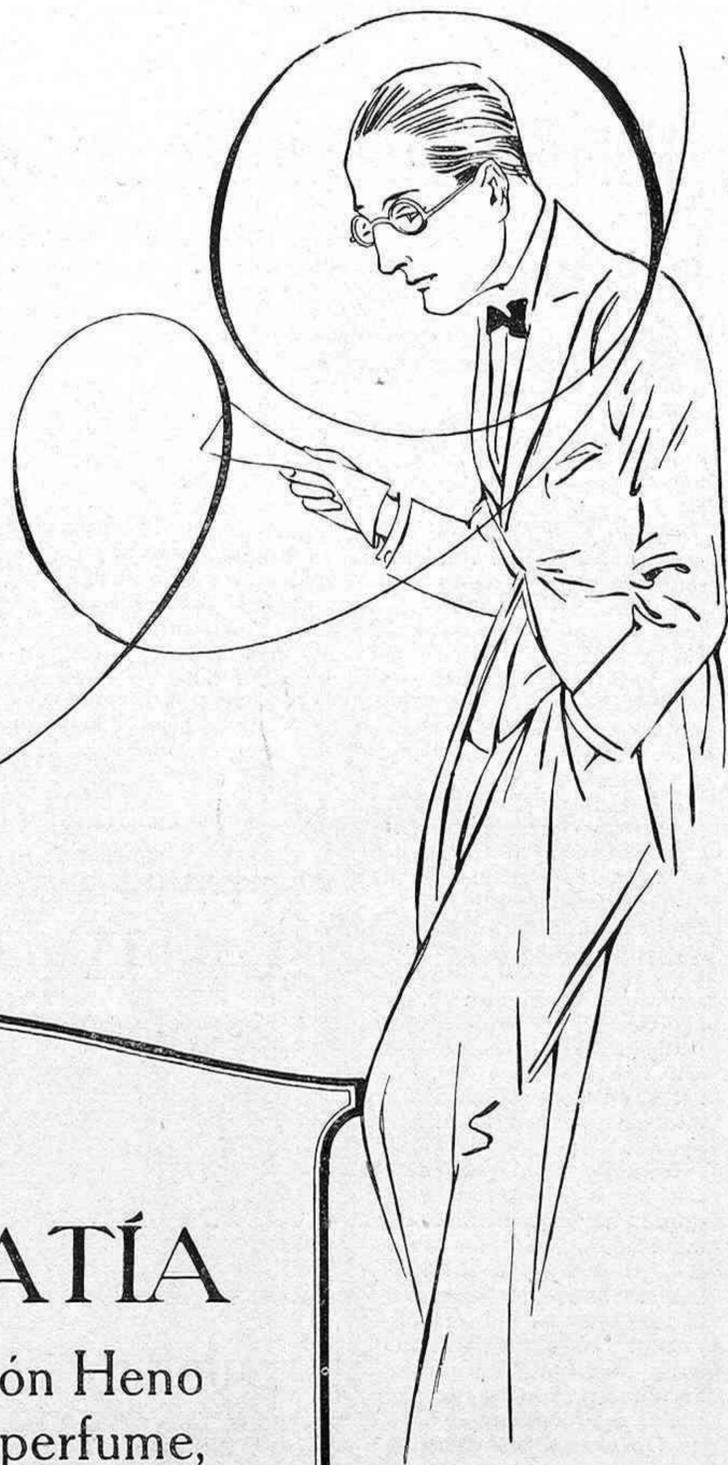
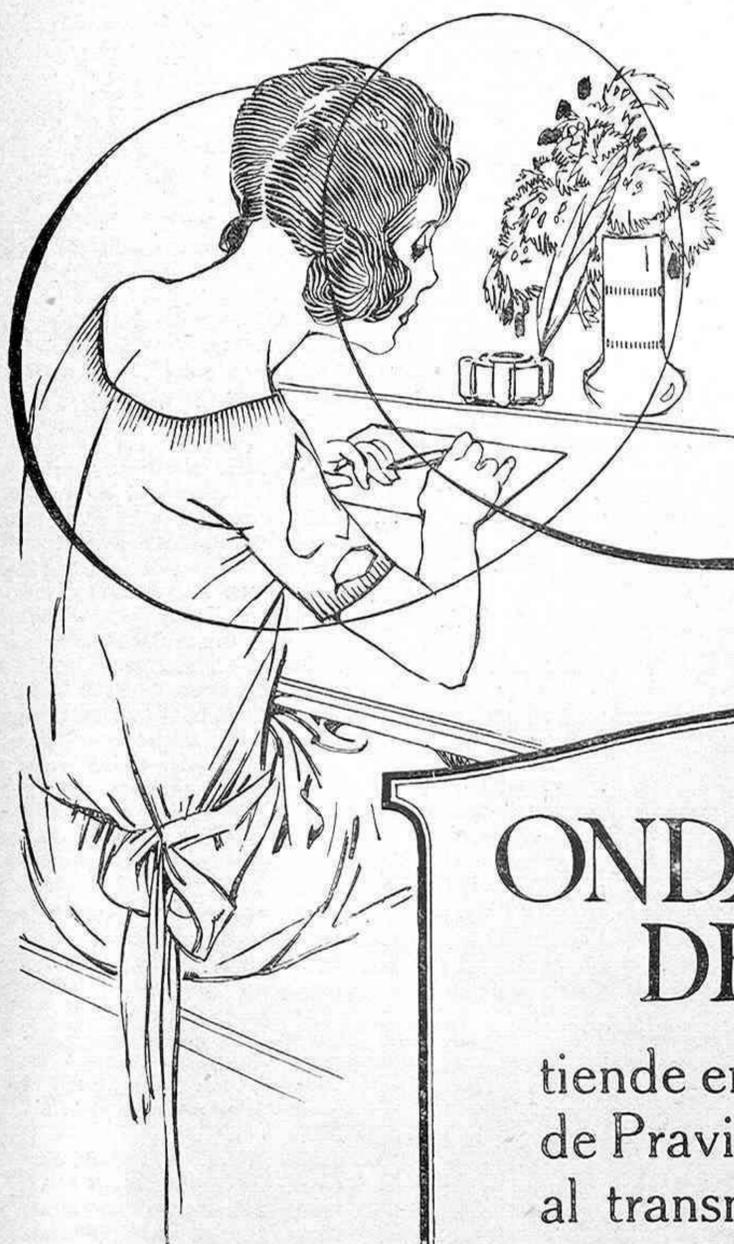
Y el menor castigo nos intimida.

Y al más leve eco de la voz demandando nos doblegamos y sometemos. La mayor prueba de nuestra poquedad, de nuestra insignificancia, ¿no está también en la tristeza de estos días? ¿A qué jac-

tarnos de espíritus robustos, si somos impotentes hasta para divorciarnos de la influencia que en nuestro ser ejercen un cielo turbio ó un día sin sol?

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

LUIS DE CASTRO



ONDAS DE SIMPATÍA

tiende entre ellos el Jabón Heno de Pravia, cuyo intenso perfume, al transmitirse á las cartas por contacto de la mano, las hace más personales y cautivadoras.

EL JABÓN HENO DE PRAVIA

es puro, sin mezclas ni adulteraciones. Su espuma, ligera y abundante, presta suavidad, aroma y blancura a la pie.

Pastilla, 1,50 en toda España
Perfumería Gal. - Madrid



LA CIUDAD QUE QUIERE REIR

¿Por qué no se quitan las cercas ó tapias de los jardines particulares?

MI amigo llega de Norteamérica. Hace tres días que vive entre nosotros, y en ese tiempo ha podido completar una observación. ¿Una sólo?

—Mi amigo es hombre práctico, y juzga que las demás observaciones tuyas no merecen la pena relatarlas.

Me dice:

—Madrid es una ciudad que quiere reír y se empeña en reír. Como todas las fuerzas y todos los elementos humanos se le oponen, Madrid ríe á la fuerza, es decir, con risa artificial.

—Su sol, su cosmopolitismo, su...—alego yo.

—Sí. Es cierto. Madrid no es ninguna ciudad maravillosa de la cual tengan que aprender mucho las poblaciones españolas. No es tampoco una ciudad alegre, aunque Benavente la haya calificado de tal, si bien puede merecer el adjetivo de confiada porque su labor de embellecimiento la deja con sobrada buena fe á cargo de su Municipio. Sin embargo, Madrid posee condiciones para llegar á ser una ciudad que ríe.

—¿Cómo?

—Hagamos que todo infunda optimismo, que todo dé luz; que las cosas, en vez de tragarse la alegría que reciben de lo alto, la reflejen con generosidad y aun con creces la devuelvan. Ejemplo: que se retiren inmediatamente todas las cercas ó tapias que ocultan los jardines de las casas particulares. Así, las calles anchas presentarían un aspecto risueño y pintoresco.

MI amigo y yo paseamos por la Castellana, descendiendo del Hipódromo. Son las doce del día, y los obreros, que acaban de abandonar el trabajo, se tienden á lo largo de las blancas tapias que se elevan vigilantes y hostiles. Alguna vez los obreros, recostados en el suelo, miran hacia lo alto de las cercas, por las que rebosan haces de yedra.

Los transeúntes, que quieren distraer su ocio, miran también hacia los jardines particulares, y la misma barrera enladrillada se opone á toda artística investigación. ¿Qué encantos misteriosos se ocultarán allí dentro? ¿De qué privilegio raro y meritísimo querrán gozar los propietarios de esos jardines?

MI amigo me pregunta extrañado si tan singular unanimidad se debe á que el Ayuntamiento rebaja la cuantía de sus arbitrios para esos celosos habitantes que de tal suerte tapan á la ciudad el encanto de los jardines. ¡Al revés! El Municipio, que cobra por todo, y que de cualquier pretexto se sirve para atraer recaudaciones, extiende su mano, á la vez pedigrüey amenazadora, hacia los propietarios egoístas, que, cual amadores turcos, creen que las plantas y las flores pueden marcharse tras de los ojos codiciosos que las admiran.

Seguimos los dos hacia la estatua de Colón. Hemos dejado á lo lejos las lomas escarpadas que simulan el comienzo de una sierra, cuyas puntas brillan blancas y diáfanas. No obstante hallarnos en plena Castellana, la frialdad de los paisajes

limpios de árboles y de vegetación nos persigue como si nos encontrásemos en las tristes y deslucidas afueras de Madrid.

Aquí, junto á un edificio delicado y elegante, se enarca, severa y fría, una tapia por la que asoma una sombra densa y aterciopelada. Es una confusa variedad de flores, dompedros, campanillas, dondiegos, galán de noche, que salta suave y silenciosa para respirar el áspero y fuerte aliento de la calle tumultuosa.

Allá, aprisionando un palacio rígido y alto como un pinar, unas paredes amarillas han perdido en lo alto su color, que es entonces blanco, como el de las alargadas madre selvas que en esas mismas paredes se entrelazan juguetonas y fecundas. En el palacio habrá macizos de flores, risueños discretos de jardinería, arcos de follaje y hasta estatuillas decoloridas por la lluvia... ¿Acaso todo esto es tan pecaminoso ó tan extravagante que exija ser substraído á la contemplación de los transeúntes ingenuos?

En las ciudades modelos, el parque, el paseo y el jardín son los que envuelven á las casas. Pero aquí en Madrid hacemos todo esto y además rodeamos el jardín, el paseo y el parque

de empalizadas, tapias y paredes, que son insulto y desprecio á las miradas pacíficas de los ciudadanos de una gran ciudad. Y es que nuestros propietarios, cuando imaginan construir una casa de renta elevada, creen que con plantar un jardín y levantar una cerca la mansión adquiere ya la envidiada categoría señorial de quien cuenta por docenas los cotos cerrados.

ooo

—Yo, que no me precie de tratar á la alta sociedad de América—agrega mi amigo—, conozco los jardines de sus propiedades con todos sus detalles y con todos sus conjuntos. Y, como yo, los admiran por igual los paseantes y los transeúntes. Porque hoy, que la sociedad y el individuo tienden á socializarlo todo, el que en Norteamérica pusiera vallas ó cercas á sus huertos y á sus jardines, merecería la reprobación general y, ¡quién sabe!, hasta una muestra de enojo de su Municipio correspondiente.

—Contemplar un jardín—sigue mi viajero amigo—es cultivar arte, y el arte, que ha sido siempre, en todas las épocas, la voz de las multitudes, es precisamente lo primero que se oculta en España á las gentes ignorantes.

—¿Es que acaso estos trozos de jardines de aquí son superiores en riqueza á los de allá?

—¡En modo alguno! Allí, cerca del paso general, se hallan originales ó bellas imitaciones de frivos de Herculano, de bajorrelieves romanos, de jarrones etruscos. Y sus propietarios gozan y sienten la vanidad de la ajena admiración. ¿Dónde está en Madrid ese jardín versallesco en el que el alma puede mariposarse por entre la voluptuosidad y la pulcritud de sus paseos y de sus fontanas? Estos modestos jardincillos particulares tan carentes de la sensación óptica y de genuflexión y de sonrisa, ¿merecen acaso el coste de las paredes que los circundan?

Nos asomamos por la puerta de un palacete en cuyo jardín el sol ha dorado el follaje dándole una transparencia de ámbar. Allí huele á tierra mojada y á malvarrosa, y un horticultor experimentado manda que un trozo de aquella tierra sea surcada profundamente. El sol, que abrillanta las lomas lejanas desde cuya altura se divisa Madrid, está barnizando las hojas de este jardín suntuoso.

—¡Son un crimen, son una prueba de barbarie estas cercas y paredes!—grita mi amigo—¿Por qué las consiente el Municipio? ¿Por qué las tolera el vecindario? ¿Qué perdería el propietario de este jardín con que los transeúntes gozasen de su vista?

Yo callo. No quiero decirle que para que todo sea contraste ahora está de moda hablar en España de la Ciudad-Jardín...

Nos volvemos á asomar por la bronceada puerta. Un trébol de cinco hojas—que entre los romanos servía como amuleto contra la envidia—se balancea coquetón. Un rayo de sol se mete entre el tronco de un árbol como si fuese la hoja de un machete...

ANTONIO CASES

LA HUMILDE CANCIÓN



Yo sé que algún día miraré de frente la lengua plateada del recio torrente; sordo á su reclamo, voz omnipotente.

Yo sé que algún día la estrella lejana bañará mis sienas con su luz cristiana, y será su beso como el de una hermana.

Yo sé que algún día por este camino el polvo amarillo se hará de oro fino, y daré mi vara á otro peregrino.

Yo sé que algún día, la estrella, el torrente, la flor y hasta el trino veré indiferente, como á cosas mías, silenciosamente.

Bien sé que algún día yo seré gigante, bellamente altivo, fiero y dominante sobre el mundo feo, redondo y errante...

Me sé todo eso... Pero estoy vibrante junto al chorro de agua, terso y susurrante, que me magnetiza con voz inquietante;

y bajo la estrella palidezco todo y soy más de carne y soy más de lodo, y temo al camino porque hay un recodo;

y la rosa turba mi sueño divino, y el pájaro me hace temblar con su trino tan acariciante y tan cristalino...

y es tan inefable sentirse pequeño, dulcemente solo, sólo con su ensueño, con el alma siempre perdida en un sueño,

que sufro la angustia cruel y dolorosa de que mi gusano se haga mariposa; de dejar el tallo por ir á la rosa;

de sentir la estrella sobre mi cabeza... ¡Feliz vivo pobre, solo, inadvertido, bebiendo mi sorbo de humilde belleza en mi tosco vaso de barro florido!...

ANGEL MIGUEL QUEREMEL

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



¿Por qué continuar sufriendo de los pies?

puesto que un tratamiento sencillo os hará olvidar pronto vuestros sufrimientos

Pies hinchados, irritados y magullados por la fatiga y la presión del calzado, una transpiración abundante, callos, durezas y demás molestias dolorosas; todos estos males serán rápidamente aliviados y curados con un solo pediluvio caliente adicionado de un puñadito de Saltratos Rodell. Este baño, transformado en medicinal y oxigenado, hace desaparecer como por encanto los peores sufrimientos y deja los pies en perfecto estado; reblandecen los callos y durezas de tal modo que pueden quitarse sin necesidad de navaja, operación siempre muy peligrosa.

Si este tratamiento tan sencillo y de poco coste no lograrse curar vuestros males de pies, tenéis la garantía absoluta de que el precio os será reembolsado bajo simple demanda.

NOTA.—Los Saltratos Rodell se venden a precio módico en todas las farmacias. Rechazad las falsificaciones, que no tienen ningún valor curativo, y exigid los verdaderos Saltratos Rodell en paquetes amarillos.



HESPERIA

Revista teosófica y poligráfica
Buen Suceso, 18 dupl.º, 5.º izq.ª
MADRID

Esta importantísima Revista, única en su género en los países de habla castellana, y que dirige el insigne Dr. Roso de Luna, ha entrado ya en el segundo año de su publicación.

Precio de suscripción en España: 10 ptas. al año y 12 en el Extranjero. Hay colecciones completas del año 1.º, al precio de 10 ptas. Descuento del 25 por 100 á libreros y corresponsales.

Lea LA NOVELA SEMANAL

El hombre de negocios



agobiado por sus múltiples ocupaciones, no dispone de tiempo para estudiar á fondo CÓMO anunciar bien sus productos ó marcas. Procede por pura intuición y con prisas, pagando sus experimentos en dinero.

No es necesario que distraiga Ud. su atención en los problemas del anuncio, siempre y cuando tenga quien, con conocimiento de causa, piense y trabaje por Ud.

“PUBLICITAS”

Agencia Internacional de Anuncios

ofrece á Ud. la experiencia de muchos años; y sin necesidad de que Ud. tenga que moverse de su despacho, procurará siempre por sus intereses.

Montada completamente á la moderna, esta Empresa es una de las más vastas organizaciones de Publicidad de Europa.

Cuenta con cerca de 100 Casas aliadas en el Extranjero y tiene corresponsales en todos los países del mundo. Administra la publicidad de más de 200 periódicos, admitiendo órdenes para toda la Prensa diaria y especial del mundo entero.

Asume la dirección de cualquiera campaña de publicidad, ideando y redactando textos y dibujos para anuncios de todas clases.

Servicios y estudios técnicos □ Talleres de arte comercial

Sírvase consultarnos, y SIN COMPROMISO ALGUNO de su parte le aconsejaremos y le prepararemos, GRATIS, el presupuesto para su próxima campaña de propaganda.

“PUBLICITAS” puede presentar nuevas ideas de PUBLICIDAD para Ud.

“PUBLICITAS” puede redactar toda clase de PUBLICIDAD para Ud.

“PUBLICITAS” puede editar una excelente PUBLICIDAD para Ud.

Pida, gratis, un ejemplar de muestra de la revista técnica de Publicidad “FAMA”, editada por esta Empresa.

“PUBLICITAS”

Agencia Internacional de Anuncios

MADRID

Avenida Conde Peñalver, 13, entl.º
Apartado 911.—Teléf.º 61-46 M.

Estudio «HELIOS»

BARCELONA

Ronda de San Pedro, 11, pral.
Apartado 228.—Teléf.º 14-79 A.

Estudio «FAMA»

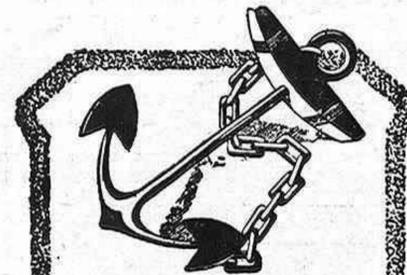


PECHOS PÍLDORAS CIRCASIANAS

Doctor Brun

137 AÑOS DE ÉXITO MUNDIAL ES EL MEJOR RECLAMO!

6 pesetas frasco. Centros de específicos y principales Farmacias de Europa.



EL ANCORA DE SALVACION

para los que sufren del estómago y de los intestinos es la

MAGNESIA S. PELLEGRINO

(PRODEL)

que purga
refresca
desinfecta
el cuerpo

Se vende en cajas y frascos en todas las farmacias

Exíjase siempre la marca del Santo Peregrino atravesada por la firma PRODEL

CONCESIONARIOS Y DEPOSITARIOS PARA ESPAÑA Gimenez-Salinas y C. CLARIS!!! BARCELONA



MAQUINARIA DE UNA FABRICA DE HARINAS

con molturación de 15.000 kilos

SE VENDE

DIRIGIRSE Á

D. José Briales Ron
San Antonio.—Camino de Churriana
MALAGA



SE ADMITEN SUBSCRIPCIONES A NUESTRAS REVISTAS
La Esfera, Mundo Gráfico, Nuevo Mundo
Elegancias y La Novela Semanal
 en la
LIBRERÍA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6

Llevar en la Boca
 siempre que queráis escapar
 de los peligros del **frio**, de la **humedad**,
 del **polvo** y de los **microbios**; cuando
 os molesten los **estornudos**, ó tengáis carraspera
 e **opresión** de pecho; cuando os sintáis **constipados**.

UNA PASTILLA VALDA
 cuyos vapores balsámicos y antisépticos
 fortificarán, acorazarán,
 vuestra **GARGANTA**, vuestros **BRONQUIOS**, vuestros **PULMONES**.
Niños, Adultos, Ancianos,
 PARA EVITAR, PARA CUIDAR
 las **Enfermedades de las Vías Respiratorias**
 tened siempre á mano

PASTILLAS VALDA
 pero sobre todo no empleéis más que
LAS VERDADERAS
 que son sólo las que se expenden
EN CAJAS
 y llevan en la tapa el nombre
VALDA

Fórmula :
 Menthol 0.002
 Eucalyptol 0.0005
 Azucar-Goma,

Lea usted los miércoles **MUNDO GRAFICO**

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

SEDLITZ CH. CHANTEAUD
 de **PARIS**

a base de Sulfato de Magnesia anhidro puro, Acido Tátrico, Bicarbonato de Sosa. — El mejor **Purgante, Laxante, Depurativo** contra: **ESTREÑIMIENTO, JAQUECA, ESTADO BILIOSO, CONGESTIONES, VICIOS de la SANGRE**
 PREPARADO POR URIACH C^a, 49, BRUCH, BARCELONA

IMPRESA DE PRENSA GRÁFICA, HERMOSILLA, 57, MADRID



DÍAZ

FOTOGRAFÍA DE ARTE



Un retrato elegante
 y de buen gusto es
 el obsequio más es-
 timado para los se-
 ñores queridos

Ampliaciones, reproduc-
 ciones y todo cuanto se
 relaciona con el arte
 fotográfico



FERNANDO VI, 5
 MADRID

PARA ADELGAZAR

EL MEJOR REMEDIO
DELGADOSE
PESQUI



No perjudica á la
 salud. Sin yodo, ni
 derivados del yodo,
 ni thyroidina.

Composición
 nueva, desaparición
 de la gordura
 superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio "PESQUI". Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

SE VENDEN

los clichés usados en esta Re-
 vista. Diríjanse á esta Adminis-
 tración, Hermosilla, 57

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS